

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID.

LLEVADO Á DOMICILIO.

Seis meses. 15 reales.
Un año. 28 »

Se suscribe en Madrid en la Administración, librería extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Baillière, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Príncipe, núm. 11.
En Provincias, en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,

FRANCO DE PORTE.

Seis meses. 21 reales.
Un año. 38 »



Yo quise saber lo que ella decía. (Pág. 755, columna 1.ª)

OCHO DIAS EN EL CASTILLO.

NOVELA ORIGINAL

DE FEDERICO SOULIE

TRADUCIDA POR

D. EDUARDO PERIE.

(Continuación.—Véase el n.º 47).

Al ver, con la solicitud que se apresuraban los demás en imitar sus posturas y su lenguaje, se le podía perdonar á una mujer que le prefiriera á los otros que la cortejaban; porque era el maes-

tro de una docena de malos discípulos, ó el sol de un séquito de satélites tan torpes como vulgares.

Os voy á decir una verdad: la humanidad desprecia en acción las virtudes que recomienda en teoría.

El hombre que se estima en poco por modestia, no encontrará á nadie que realce su valor; y el que se coloque como un hombre superior, puede encontrar personas que le disputen el valor que se ha dado, y que intenten reducirlo al círculo que pertenece en consecuencia; pero nunca se atreverán á apreciar su verdadero mérito. La admiración que tiene el fátuo de sí mismo, y la

que le conceden los tontos, detendrán al mas intrépido, y concederá á aquella vanidad nula mas derechos que al mérito mas eminente, si guarda silencio.

Esa es mi historia, señora; porque aunque miraba á Mr. de Astorg con el mayor desprecio, no me hubiera atrevido á publicarlo, viendo en torno suyo muchos individuos á quienes les reconocia cualidades.

Preferí atribuir á mis celos los sentimientos hostiles que experimentaba hácia él, y preferí creer mas bien en la ceguedad de mi odio, que en la prevención general: por lo tanto, consentí en

aceptar tácitamente la superioridad de aquel hombre.

No es que me haya arrepentido, señora; porque se esmeró tanto en descubrirse, que nunca hubiera podido mostrarle tan deforme como apareció despues.

Mr. de Astorg era un noble hidalgo, y la inmensa fortuna de su familia habia perecido en la revolucion, segun decia. Este cuento que ha servido á muchos intrigantes, deberia parecer inaceptable, desde que una ley indemnizó á los que habian probado que verdaderamente habian sido despojados; pero no es así, porque ha habido hombres tan hábiles, que despues de haberse presentado como víctimas de la revolucion, han aparecido despues como condenados por la restauracion del mismo modo.

En nuestras provincias sobre todo es donde semejantes historias encuentran hombres crédulos.

Cuando Mr. de Chevalaine, á quien la revolucion, á decir verdad, no le habia quitado mas que algunos derechos feudales, acusaba de ingratitude á Luis XVIII, por no haberle indemnizado del prudente silencio que habia guardado bajo la república y el imperio, hablaba de buena fé; por lo tanto, al encontrar en una visita que les hizo á sus sobrinos otro hombre que decia tenia los mismos motivos de queja que él, creyó ardientemente las mentiras de Mr. de Astorg, las dió crédito y las apoyó con su ejemplo.

Aquella primera entrevista tuvo lugar justamente el dia en que habia encontrado á Mr. de Chevalaine, y desde entonces Mr. de Astorg fué un asiduo comensal del castillo. Habiale ofrecido sus homenajes á Lucia, que poseia una fortuna muy moderada en comparacion de los tesoros que Mr. de Astorg habia poseido, pero á la cual se acomodaba razonablemente en vista de su actual indigencia.

La facilidad con que podia obtener el cariño, la belleza y la juventud de Lucia, juntamente con sus diez mil libras de renta, le persuadieron de que podia aspirar á un partido mas ventajoso, y desde que supo que Maria era la única heredera de los millones del conde, todas sus miras se dirigieron á poseerla.

El despecho que sentia Lucia, fué la causa de que siguiera siendo lo que habia sido para ella hasta entonces.

Al menos ahora lo creo así; pero en aquel tiempo no sospechaba que las maquinaciones de Mr. de Astorg fuesen tan bien dirigidas, y no comprendi su conducta hasta que iban á verse coronados sus esfuerzos. Entre tanto, habia seguido viendo á Mr. de Chevalaine que venia á la lancha con mas frecuencia, sin duda para buscarme.

Por un acuerdo tácito no habiamos vuelto á hablar de las peripecias de nuestra primera entrevista; pero sin embargo, nos comprendiamos maravillosamente. Cuando se acercaba á mi, aparecian en su semblante una tristeza y una felicidad tan inefables, que conocia que me amaba, pero que no se atrevia á confesarlo. Entonces hablábamos largo rato sin saber de qué; porque tratábamos de todo en general, y de nada en particular, por la sencilla razon que aceptábamos el primer motivo de conversacion que nos ofrecia la casualidad, y nuestros corazones eran totalmente estraños á nuestras palabras.

Pero mediaba entre nosotros una conversacion muda, sin mas expresion que una mirada ó un suspiro lanzado muy á menudo al pronunciar la frase mas insignificante.

Cuando nos separábamos, nunca me decia cuándo pensaba volver; pero habia encontrado medio de advertirme el dia y la hora que pasaba por los alrededores, y me miraba con tanta dulzura cuando no podia defenirse, que hubiera andado veinte leguas para encontrarme en su camino; pues cuando iba acompañado no le hablaba.

Cuando iba con Maria sobre todo, era cuando apenas se atrevia á mirarme; pues si alguien hubiese penetrado nuestras secretas conversaciones y nuestras misteriosas inteligencias, lo hubieran acusado por hablar con el descendiente de la envenenadora de su mujer, y la homicida de su hijo.....

Habia comprendido, sin que me lo hubiera dicho, los esfuerzos que habia hecho para conseguir que Maria me mirase con mejores ojos; pero nada habia podido vencer el horror que sentia hácia mí, y en el cual se habia criado. Maria me tenia miedo como lo tienen los niños á los aparecidos cuando los asustan con ridículos temores; que por mas que con el tiempo les muestre su razon la locura de estos, no pueden dejar de contemplarlos con cierto espanto cuando los recuerdan.

Por lo tanto, Maria, que tan solo me habia conocido por haberle hecho un favor, y haber sufrido sus injurias sin quejarme, no podia apercibirme sin estremecerse de espanto. El movimiento de piedad que habia experimentado el dia que me vió ensangrentado entre los zarzales, no habia sido mas que una de esas emociones físicas que sentimos al ver las heridas de una fiera cuando está cogida en el lazo y no puede mordernos.

¡Pues bien, señora! á pesar de todo esto, amaba á Maria, y hubiese dado la mitad de mi existencia por una palabra de piedad fraternal salida de sus labios. Era tan inocente y tan pura, que me parecia que su cariño debia ser la absolucion de todas las faltas y de todas las desgracias. Sí, señora, la queria con un cariño tan santo, que cuando supe que Mr. de Astorg la amaba y pretendia su mano, sentí mas cólera é indignacion, que cuando habia visto fijarse en él las miradas de la amorosa Lucia.

Y sin embargo, estaba celoso; pero por muy grande que fuera mi amor, no estaba ciego enteramente. Si Lucia, seducida por la elegancia de Mr. de Astorg, se entregaba á él, era un peligro sin duda; pero al que se lanzaba voluntariamente y con el cual era capaz de combatir.

Pero Maria, Maria, débil criatura, cuya vida se conmovia á la menor emocion, hasta el punto de alarmar á su padre..... ¡Maria llegar á ser la mujer de aquel hombre!..... ¡A aquel corazon que era necesario hablarle con la mas fina delicadeza, unirlo para siempre á la terrible vanidad de Mr. de Astorg que doblegaba sin piedad todo lo que le rodeaba..... era cometer un asesinato y un crimen que no podia permitir!

Si me hubiera arrebatado á Lucia á quien amaba, y que era el solo ser que se habia dignado escucharme, con tal que no me hubiese robado á Maria, que me aborrecia y me despreciaba, me hubiera resignado sin quejarme.

XV.

Por lo que os he dicho de mis conversaciones con Mr. de Chevalaine, podeis conocer que no habiamos tratado en ellas ni de sus asuntos, ni de Maria; y solo salvamos dicha barrera cuando Mr. de Astorg pidió su mano.

Una mañana recibí un billete de Mr. Lorenzo de Chevalaine en el que me decia fuera á su casa sin pérdida de tiempo.

En la palabra que lo terminaba, conocí que lo habia dictado Lucia.

«Venid, Pedro; os esperan;» lo que significaba: Lucia os necesita.

Habia estado ausente de mi casa varios dias, y creí que debia disculparme con mi madre por dejarla apenas acababa de llegar.

—Anda, me dijo, anda, y adios..... hasta el dia en que vuelvas tan desgraciado ó tan culpable que no vuelvas á salir de aquí.

Yo no hice caso de aquellas palabras, que no eran mas que la expresion de sus deseos, y sus acostumbradas amenazas. Pero á poca distancia de la casa, y cuando principiaba á atravesar los retamales, oí una voz que me llamó y reconocí á Albina.

—Pedro, me dijo, te esperaba.

—¿Por qué?

—Mira no vayas á casa de Mr. Lorenzo de Chevalaine: acontecerá una desgracia, y sabe Dios si te acusarán de haberte mezclado en ella.

—¿Y qué es lo que te hace pensar así?

—Escucha, Pedro, prosiguió; ayer estaba cerca de la casa de tu madre, en donde esperaba verte.

Señora, desde que amaba, habia comprendido el amor de Albina, y al ver el rubor y la emocion de aquella pobre jóven, cuando me dió á conocer lo que habia hecho, tuve piedad de ella, porque nada puede daros una idea exacta de un dolor como el suyo.

Sabia que amaba á otra, bella y rica, cuyos trajes eran magníficos, comparados con la miseria de Albina; y la pobre niña se imaginaba que todas las ventajas de su rival consistian en la elegancia de sus adornos (porque ella tambien era hermosa); y para combatir dicho obstáculo, no podeis figuraros lo que trabajaba.....

Era doloroso ver el arte con que se adornaba con sus harapos, coronándose despues con las tristes flores de las zarzas, á fin de aparecer bella á mis ojos....

Hice con ella como siempre, ni noté su compostura, ni quise comprender sus palabras.

—¿Qué tenias que decirme? la contesté.

—Ayer..... dijo, dando un doloroso suspiro.... nada..... pero hoy tengo que hablarte en beneficio tuyo, y te hablaré. Estaba, pues, cerca de tu casa, y la noche se venia encima, cuando vi salir á tu madre y dirigirse furtivamente hácia el lado del Salto del Ciervo. Pedro, estaba desesperada, porque me sentia morir y tenia miedo... Recobré todo mi valor, y me decidí á hablarle á tu madre..... para lo que la seguí en su camino.

Mas en el momento en que iba á alcanzarla y á gritarle que me esperara, sentí que me abandonaban las fuerzas; y cuando hacia un movimiento para volverse, me ocultaba entre las retamas para que no me viera, porque tu madre es cruel, y pensé que si mi locura era un obs-

táculo para la realización de sus proyectos sobre tí, no me miraría con mas piedad que á otra cualquiera.

—Mi madre no ha hecho mal á nadie, le dije severamente á Albina.

Se sonrió tristemente sin contestarme sobre dicho objeto, porque no queria combatir un sentimiento que sabia que era aparente, y repuso:

—La seguí largo tiempo como te he dicho; porque apenas se pasaba el terror que me habia inspirado, sentia tal desesperacion en mi alma, que creia sentirme nuevamente con bastantes fuerzas para arrostrar el todo por el todo.

Por último, me dije á mi misma: morir de una vez ó morir de pena, me es igual; y la busqué de nuevo, porque habia desaparecido. Me creia aun lejos de ella, cuando de pronto oí su voz junto á mí, y otra que le respondia.....

Hubiérame retirado si aquella segunda voz no la hubiera reconocido; pero era la de Mlle. Lucía de Chevalaine, que es la mujer que amas, y por la que olvidas á los demás. Por lo tanto, comprenderás que deseé saber lo que decian, porque oí que te nombraban.

—Te lo juro, Mariana, decia Mlle. de Chevalaine; haz lo que me prometes, y yo obligaré á Mr. de Chevalaine á que te haga justicia respecto á Pedro.

—Sí, sí, dijo tu madre, es necesario que desaparezca ese obstáculo que reina entre nosotros, porque estoy segura que entonces se casará contigo.

—Te lo he prometido, Mariana, el conde de Chevalaine será mi esposo.

—¿El conde de Chevalaine? exclamé.

—A tí era á quien Lucía daba este título.

—¿Y es conmigo con quien se quiere casar?

—Sí, me contestó Albina; pero para realizar dicha union, tendrás que verter sangre.

—¿Sangre? dije con espanto.

—Muchas cosas habian sido dichas antes de mi llegada; por lo tanto no puedo decirte exactamente en todo lo que convinieron; pero Lucía añadió:

—No tendré mas que hacerle una señal para que conteste á la impertinencia de Mr. de Astorg; y si este le rehusara á Pedro una reparacion, diré en alta voz cuáles son los derechos de Maricou, para creerse digno de medirse con él; diré que es mi primo, que es hijo de Mr. de Chevalaine, y lo proclamaré, aunque hubiera mil personas delante..... Pero tú no olvides en lo que hemos quedado, Mariana.

—Farrenc no espera mas que una orden mia, repuso tu madre; cumplid solamente lo que me habeis prometido, y todo se arreglará.

—Descuida que no faltaré, dijo Mlle. Lucía.

Yo no escuchaba á Albina: la idea de medirme con Mr. de Astorg, y el hacerlo, por decirlo así, bajo las órdenes y la proteccion de Lucía, me habia puesto fuera de mí.

Aquel hombre que detestaba, y que me era entregado por la que le amaba, y á la que adoraba yo, estaba ante mí como una presa que me pertenecia infaliblemente. Esa esperanza me fascinaba.

—Pedro, repuso Albina, ¿irás á casa de Mlle. Lucía para ser el instrumento de su venganza?

—Si, le contesté, iré, ¡y desgraciado de ese

hombre si se atreve á echarme una de esas miradas insultantes que tanto me han humillado en otro tiempo!

—¿Pero sabes por qué quieren que lo mates? repuso Albina con un leve movimiento de cólera: ¿crées tal vez que es por que te ama?

Compadecido de Albina, no le contesté; porque en aquel momento de delirio, me creí (¿qué quereis? si la desgracia no tuviera sus horas de locas esperanzas, pulverizaria demasiado pronto el corazon del hombre); sí, creí que, compadecida de mi amor, Lucía queria crearse el derecho de confesarme el suyo.

Albina me miró largo tiempo en silencio; aquel relámpago de su cólera apagóse instantáneamente, y á su vez se compadeció de mí. Si señora, tuvo tal vez demasiada compasion, porque si me hubiese advertido en aquel momento, puede ser que no hubiera ido á la cita. Pero temió herirme, temió que la maldijese en cambio de una advertencia saludable, y se contentó con decirme:

—Antes de obedecer á la que lo es todo para tí, infórmate al menos de lo que la incita á la venganza.

—Es la mia y no la suya la que busco, le dije á Albina alejándome.

—¡Pedro, Pedro! exclamó, mira que marchas á un peligro; guárdate.

Pero yo no la oía, ó por mejor decir, no la escuchaba.

Me alejé y llegué á la casa de Lucía.

Esta me esperaba, porque la habia visto de lejos en una habitacion alta, desde la cual se descubria en lontananza el camino por el que yo debia llegar.

Su hermano estaba ausente, y por la primera vez fui introducido en sus habitaciones.

Señora, nunca habia entrado en el cuarto de una mujer, ni nunca se habia ofrecido á mi vista esa elegancia que campea en el retiro de una jóven; y si bien en el de Lucía no habia esa gracia pudorosa y casta, cuyas seductoras descripciones habia leído, me sentí embarazado al penetrar en aquel santuario.

—¿Qué quereis? la dije.

—Pedro, me contestó fijando en mí una mirada, en la que creí distinguir el amor; Pedro, tengo un terrible secreto que revelarte.

Me acordaba de lo que me habia dicho Albina, y creyendo que se trataba de mí, le contesté:

—Ese secreto lo sé; y tambien sé lo que quereis proclamar en alta voz.

Lucía se quedó estupefacta, y me dijo:

—¡Proclamarlo en alta voz!..... ¡Proclamar en alta voz lo que debe quedar en silencio por toda una eternidad!..... No me has comprendido, Pedro.

—Creia haberos adivinado, dije sonrojándome; y si deseaba ver que mi suerte se cambiara, era para probaros lo que podiais obtener de mí; pero seré siempre el miserable Maricou si quereis, y os obedeceré como si me hubieseis reconocido por hijo de Mr. de Chevalaine.

—¡Oh! en cuanto á eso, exclamó Lucía, puedes estar seguro que lo haré: tu madre te lo habrá dicho, sin duda, porque se lo he prometido, y cumpliré mi palabra; pero si lo hago, es para que puedas vengarme.

—¿De Mr. de Astorg?..... le dije.

—Sí, me contestó.

—¡De él! repeti; ¿del que amais?

—Sí; pero que me engaña, ¿entiendes?

A esta noticia lancé un grito de alegria. Lucía palideció; pero repuso al momento sonriéndose.

—¿Me amas mucho, Maricou?.....

—¡Lucía, exclamé, sí, os amo!

—Sí, sé que me amas como quiero ser amada, como se debe amar á una mujer para vengarla. Pues bien, Maricou, hoy vendrás á la caceria á que deben concurrir todos nuestros vecinos, incluso tu padre y tu hermana; mézclate con nuestros cazadores, obra y habla como amo, y gobiérnate de modo que Mr. de Astorg te diga alguna palabra, por la que puedas pedirle una satisfaccion.

—Está bien, le dije; pero ¿y si rehusa dár-mela?.....

—Entonces.....

—Sé lo que haréis; pero ¿y si se niega á pesar de vuestra declaracion?

—Serás mi pariente y mi amigo, y podrás abofetear al cobarde que me ultraja.

—¿Y podré de esa manera defender vuestra causa?

—Si no lo consigues, me vengarás de otro modo; porque no puede casarse con María.

Aquel nombre me hizo retroceder.

—¡El! exclamé; ¡él casarse con María!

El sentimiento que dictó mis palabras, era hijo de la indignacion que sentí al ver que destinaban á María, que era un ángel, un esposo tan miserable como Mr. de Astorg.

Lucía, que ignoraba el casto amor que tenia por una mujer que se mostraba enemiga mia en todo y por todo, se equivocó en el sentido de mi exclamacion, y repuso con voz sombría:

—¿No es verdad que es una cobardia atroz?

Mi posicion era muy singular, señora; pero no es nueva: colocado como Oreste en presencia de una mujer que amaba y de un rival amado, tuve que soportar, como él, esa fatalidad que no es mas que la sed de agradar á la que nos desdenea.

—¡Sí! exclamé; ¡eso es tan indigno como infame! Os juro que os vengaré, Lucía. Pero cuando haya hecho todo lo que querais, ¿qué haréis vos por mí?

—Entonces te amaré, Pedro, me dijo.

—¿Me lo jurais?..... repuse yo.

¡Insensato de mí, que le pedia á una mujer que experimentase amor!

—Sí, te lo juro, y lo que me pidas, te lo concederé.

—Que venga, pues, la dije, y sereis mia.

—Todo lo que quieras en vengándome, porque se ha burlado de mí mas de lo que crees.

—¡Gran Dios!

—¡Ah! ¿No comprendes que si no me hubiera engañado, en vez de recurrir á tí, hubiera dejado á mi hermano el cuidado de vengarme?

—¿Luego entonces? le dije.

—Yo no quiero engañar á nadie, me contestó; ahora, ya que sabes mi secreto, puedes abandonarme.

—¡Oh! exclamé, mataré á ese hombre..... sí, lo mataré.

Es inútil que os refiera lo demás, me lo confesó todo.

Llegó la hora fijada para la caceria, y todos se sorprendieron de volverme á ver en medio de

una de sus fiestas, á las que hacia largo tiempo que no asistia. En cuanto á Mr. de Astorg, no fué á casa de Mlle. de Chevalaine, sino que debia encontrarse en el bosque que costea la landa con el Conde y con Maria. Salimos, y no habiendo encontrado á todos los convidados en el lugar de la cita, comenzó la cacería. No sé deciros si ya estaba combinado así anteriormente, porque aun lo ignoro; pero hé aquí lo que pasó:

Hacia una hora que estábamos cazando, cuando desemboqué al través de la espesura en un camino por el que pasaba á caballo, sin ninguna compañía, Mlle. Lucía: á poco tiempo nos encontramos cara á cara, con Mr. de Astorg, Maria y padre, que se adelantaban tranquilamente á caballo. Se detuvieron para saludarse, y yo me puse á mirar á Mr. de Astorg con una fijeza que debia concluir por disgustarle.

Lucía se aproximó á Maria y le dijo con una rabia reconcentrada:

—Querida prima, la felicidad os hace perezosa; puesto que no habeis llegado á la hora indicada: pero concibo que una jóven no se apresure cuando tiene al lado un novio tan amable como Mr. de Astorg.

—Tal vez tendréis razon en lo que decís; pero el culpable es Mr. de Astorg; porque habiamos llegado á la cita antes de la hora prefijada, y es él el que nos la ha hecho abandonar.

—Eso no me admira, exclamé al momento. Cuando se teme el encontrarse con ciertas personas, se retarda todo lo posible el momento de verlas cara á cara.

Mr. de Astorg me lanzó una mirada de desprecio, y dijo con acento insultante.

—¿Quién ha traído á este perillan?

—Vi estremecerse á mi padre de cólera al oír aquel insulto, y Maria palideció.

La promesa que le habia hecho á Lucía, el odio que le tenia á aquel hombre, el deseo que tenia de hacerle ver á Mr. de Chevalaine de que su sangre no habia degenerado en mí, todo estuvo á punto de ceder ante el temor de asustar á Maria; pero me acordé de que tambien la salvaba, y aquel pensamiento me volvió mi cólera.

—Hé ahí una palabra que necesita una reparacion, caballero, le dije á Mr. de Astorg.

—Qué significa eso, dijo volviendo su caballo hácia mí con el látigo levantado.

—No os meneéis, exclamé, ú os tiendo á mis piés.... Me daréis razon de la palabra que habeis dicho, ó bien declararé que sois un cobarde.

Lucía me miraba con sombría alegría.

Mr. de Astorg la miró y la comprendió.

—¡Ah! son estos los caballeros errantes de las Dulcineas de este pais..... dijo con sarcástica sonrisa.

—¡Callaos! Mr. de Chevalaine, dijo Lucía dirigiéndose á mí; ¿os conviene á vos que sois primo mio, el que me insulten en ausencia de mi hermano?

—¿Vuestro primo? dijo Mr. de Astorg.

—Sin duda, repuso Lucía; y mi tio puede atestiguarlo mejor que nadie.

—¡Pues qué! dijo Maria..... él, el hijo de Mariana..... sería.....

—Vuestro hermano, mi querida Maria, repuso Lucía.

—Maria miraba á su padre estupefacta.

Mr. de Chevalaine, aniquilado por aquella escena tan imprevista, exclamó:

—Lucía, ¿qué proyecto es el vuestro? á qué vienen esas imprudentes palabras?

—Pedro os las explicará, contestó Lucía; pero hay cosas que Maria no debe escuchar..... venid..... venid, le dijo Lucía; es necesario.

Mr. de Chevalaine me lanzó una mirada como para consultarme, y yo le hice señas de que debia alejar á Maria.

—Anda, hija mia, anda, le dijo: no temas nada, porque somos dos.

Dí gracias á mi padre en mi mente por aquella palabra que lo asociaba á mi causa.

—Ahora esplicate, Pedro, me dijo mi padre; esplicate.

—No es difícil, y el señor debe comprenderme.

—Ha prometido á Mlle. Lucía su nombre y su mano, y porque ha encontrado á Maria que es mas rica, la ha solicitado sin amarla, porque ese hombre no ama á nadie.

—Yo no le llamo seducir á una mujer, repuso con arrogancia Mr. de Astorg, el aceptar los favores que me ofrece.

—Pedro os ha dado el nombre que mereceis, le dijo entonces Mr. de Chevalaine, porque sois un cobarde.

—¡Caballero! le dijo Mr. de Astorg, esa palabra necesita sangre!

—Me olvidais á lo que parece, ¿no es cierto Mr. de Astorg?

—¡No os conozco! exclamó.

—Pues sabed que os arrastraré en presencia de vuestros amigos, y os abofetearé ante ellos.

Mr. de Astorg cogió su fusil y repuso apuntándome:

—Hé aquí cómo me mido con los salteadores. Y me hizo fuego: la bala me atravesó el brazo izquierdo.

Apenas sonó el tiro, ví á Maria volver su caballo hácia nosotros; pero no pude distinguir mas sino que Lucía la alcanzó en algunos segundos, y que agarrando las bridas del bruto, lo hizo entrar en una calle lateral. Resonaron algunos gritos. Mr. de Astorg, se habia quedado ante mí, y Mr. de Chevalaine se preparaba á castigarlo, cuando le grité:

—Dejad á ese hombre; ¡á Maria, á Maria!

—¡A mí, á mí! decia Maria, mientras Lucía gritaba: ¡Deteneos, deteneos! y las vimos pasar al fin de una calle que daba en los retamales; Maria arrastrada velozmente por su caballo desbocado y Lucía siguiéndola de cerca.

Mr. de Chevalaine se lanzó hácia aquel lado y Mr. de Astorg le siguió. Quedéme solo, di algunos pasos para llegar á los retamales en aquella direccion; pero el dolor y la falta de sangre me detuvieron á pesar mio; ya habia dejado de oír el galope de los caballos, cuando resonó un grito desgarrador.

Era la voz de Maria..... en cuanto á mí, me desmayé en aquel momento.

Cuando recobré los sentidos estaba en el castillo de Chevalaine. Un criado que estaba junto á mí, me dijo que Mlle. Lucía era la que me habia hecho trasportar allí. Pregunté por Maria, y ¡ay! señora; su caballo habia caído; ella rodó por el polvo, y cuando su padre llegó, la habia encontrado muerta!

Tuve una idea terrible..... y fué la de no creer en la casualidad de aquel accidente; por lo tanto, pedí que me dejasen registrar el cadáver de Maria. Creyeron que estaba loco; pero yo me acordaba de las palabras que habia escuchado á Albina: *Farrenc estará pronto*; habia visto á Lucía que cambió la direccion del caballo de mi hermana..... y por último, señora, creí que habia sido un crimen premeditado.

—Y confesaréis que puede sorprenderme que vengais á decírmelo, dijo Mme. Cros.

—¡Oh! señora! no tardaréis en conocer que esto no os es tan indiferente como creéis.

Aunque no pude ver el cuerpo de Maria, supe que tenia dos golpes en el cráneo. Me callé, pedí permiso para bajar á las cuadras y ver el caballo que montaba la difunta en aquel dia, y me lo concedieron. Toda la grupa la tenia acribillada á latigazos, lo que habia escitado indudablemente la carrera del animal; y calculé, que solamente Lucía que iba al lado suyo, era la que lo habria aguijoneado. Quise revelárselo todo á Mr. de Chevalaine; pero estaba loco de dolor y me fué imposible el verlo.

El mismo rehusó el escucharme, exclamando:

—¡Oh! hija mia, bien decias que sería la causa de tu desgracia!

—¿Qué hacer! ¿Habia de formular una acusacion fundada en tan débiles indicios contra Lucía?

Abandoné el castillo; pero no quise dejar el crimen impune, si me cercioraba de que lo habia habido. Por lo tanto, fuíme á casa de Lucía, pero antes me pasé por el sitio en que se habia cometido el asesinato.

Conocia la infernal destreza con que los habitantes de las barracas hacen caer á los viajeros que pasan por la landa cuando quieren robarlos, sin que se conozca el medio de que se valen, cual es el de echar una cuerda doble que atraviese el camino; y sin duda ninguna, una mano bastante ejercitada en echar aquel lazo, lo habia levantado en el momento en que el caballo, corriendo con toda su velocidad, no pudo verlo á tiempo para saltarlo. En cuanto á esto, no me quedaba duda, en vista de una enorme huella impresa en el tronco de una enorme retama. La caída, pues, podia haber sido mortal; ¿pero y las dos fracturas en la cabeza? Eso me admiraba aun.

Pasé el resto del dia en registrar como un perro todos los huecos y todas las espesuras; ¡por último, á unos cien pasos del sitio en que habia caído, encontré una piedra angular toda ensangrentada, y que habria servido para rematar á la víctima!..... El crimen era, pues, patente para mí..... quedaba explicada la participacion de Farrenc; pero esta traia la de mi madre. ¡Siempre mi madre..... siempre! no sé cómo no me volví loco.

En mi primer movimiento de cólera quise ir y castigarla..... pero oí anticipadamente las palabras que iban á pronunciar sus labios:

—Por ti es por quien he cometido ese crimen, lo mismo que los demás. He destruido el obstáculo que se elevaba entre tú y tu fortuna.

Retrocedí ante una explicacion tan horrible; y buscando entonces alguien á quien hacerle pagar aquel crimen, me fui á casa de Lucía.....

Aun no habia concluido Maricou de pronunciar estas palabras, cuando un golpe dado discreta-

mente en la puerta de Mme. Cros, dejó á esta estupefacta al verse sorprendida en aquella hora de la noche, estando á solas con Maricou.

Impuso silencio á este con un movimiento, y al momento se dejó oír la voz de Mr. Perrin que dijo:

—Ya sé que velais y sé quién os acompaña; bridme; es necesario que os hable al momento; pues va en ello la salvacion de todos nosotros.

Después de la singular narracion que acababa de oír Mme. Cros, no le pareció imposible dicha eventualidad; por lo tanto abrió la puerta, y Mr. Perrin entró en la habitacion.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

(Se continuará).

LA HIJA DE ANTONIO PEREZ

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

DE D. PEDRO ESCAMILLA.

(Continuac.—V. el n.º 47).

SEGUNDA PARTE.

I.

EN EL QUE SE TRATA DE ALGUNOS ANTECEDENTES.

Justo es, en verdad, y muy conveniente para la mejor inteligencia de los acontecimientos, que enteremos á nuestros lectores de varios pormenores relativos á personajes de nuestra historia.

En efecto, hemos visto á D. Juan de Mondejar entrar en Madrid por la puerta de Segovia; hemos seguido constantemente sus pasos y oído todas sus palabras, hasta que en el ático de san Andrés ha sido víctima de un asesino; y sin embargo, aun no sabe el lector quién es este personaje que ha dado motivo á la primera página de esta obra.

Tal circunstancia ha despertado en nuestra timorata conciencia un escrúpulo, casi un remordimiento, que ha ido tomando cuerpo á medida que ha avanzado la relacion de los sucesos, hasta el punto de apartar las ideas de la imaginacion siempre que nuestra pluma queria deslizarse sobre el papel.

Por eso, no pudiendo vencer esta preocupacion que de tal suerte se ha apoderado de nosotros, hemos decidido escribir estas líneas, con las que esperamos recobrar la tranquilidad perdida.

D. Juan de Mondejar, segun le nombró Lopez, el sacristan, cuando estuvo á pique de romperle la cabeza en la calle del Almendro, nada tenia de Mondejar ni de Juan.

Su verdadero nombre era Andrés.

Hijo de un pobre labrador, natural de Búrgos, sin mas riqueza que cuatro palmos de huerta y una mala casa, habia pasado los primeros años de su vida sin conocer mas mundo que el que encerraba el estrecho limite de su vivienda.

Eseusamos decir que su educacion en esa primera época estuvo totalmente descuidada, y que el niño vivia entregado á sus instintos, que á la verdad no eran los mas sanos.

A los catorce años hubo un acontecimiento en su vida que ejerció una gran influencia en el porvenir.

Con motivo de una fiesta que se celebraba, no sé por qué favorable acontecimiento, le llevó su padre á Búrgos á casa de un pariente algo lejano, donde pasó mas de ocho dias.

No era Búrgos en aquella época una ciudad notable por su riqueza ni esplendor; pero encerraba, en fin, objetos completamente desconocidos para el hijo de un pobre campesino que no habia salido nunca de un reducido circulo.

Allí vió cosas que jamás habia imaginado; edificios veinte veces mayores que su choza, con salones resplandecientes de oro y seda, arañas de cristal que reproducian mil brillantes colores cuando eran acariciadas por la luz, espejos, sillones, cuadros, alfombras..... ¡qué se yo!

Y vió tambien jóvenes de su edad, con trenes y caballos que hacian despreciar las mayores distancias, y criados en numerosa muchedumbre atentos á prevenir los deseos de sus señores, y lindas muchachas que asistian á sus grandes cacerias en el bosque.....

¡Pobre Andrés!

Todo esto ambicionaba aquella imaginacion de catorce años para cuando el niño fuese hombre.

Cuando regresó á su choza, ya llevaba en el corazon el dardo de la envidia.

Era preciso volver á Búrgos y estudiar.

Y lo arregló con su padre de modo que se realizó su deseo.

El deudo en cuya casa habia estado, era un pobre viejo que enseñaba á destrazar el idioma de Ciceron á cuatro ó cinco muchachos, cuyos padres habian tenido la rareza de querer que aprendieran á alguna cosa.

Y allí adquirió Andrés los pocos conocimientos que el *dómine* podia darle, y que él aprendió con una tenacidad extraordinaria, mientras que en su pecho se desarrollaba con impetu una desmedida ambicion que hasta le quitaba el sueño.

Ya no salia de Búrgos ni aun para ir á su casa donde se morian sus padres de miseria.

¡Su casa!..... misero tabuco que no hubiera podido albergar á aquella fogosa imaginacion de tan vastos pensamientos!

¡Sus padres!.....! pobres viejos imbéciles, que ni aun á leer le habian enseñado!

¿Qué era todo aquello en comparacion de lo que gozaba y aprendia?

Así pasaron cuatro años.

Andrés era ya un completo caballero.

Sabia cuanto necesitaba para renegar de su humilde cuna, para apartarse de ella por medio de una posicion.

Este era su sueño dorado.

Al fin murió el anciano que le servia de preceptor y Andrés tuvo que volver á su esfera de labriego.

El que tanto la aborrecia; que se habia educado para la corte.....

¡Ir á la corte!

Hé aqui su idea fija, tenaz, su pesadilla, que le perseguia sin cesar.

Ir á la corte, sí; pero tener en ella un puesto, rozarse con grandes personajes, alcanzar el amor de una dama y ser el alma de una intriga.....

¡Oh! era preciso salir de Búrgos!

¿Pero cómo?

Veremos de qué modo vino en su auxilio la casualidad.

Una tarde hermosa y tranquila de enero pasea-

ba, segun costumbre, luchando con la idea que tanto le atormentaba.

Preso de honda meditacion, fué alejando de la ciudad cuando el sol retiraba sus rayos de fuego.

Un sendero abierto ante la maleza se tendia delante de él, estrecho y tortuoso, yendo á concluir en una casita blanca que en medio del bosque levantaba sus toscas paredes.

Una voz de mujer, medio sofocada, como si encontrara algun inconveniente al salir de la garganta, llegó hasta su oído.

Aquella voz pedia socorro.

Andrés apretó el paso hácia la casa blanca que era de donde salian los gemidos.

En cada una de las tres fachadas habia una ventana grande, y en la cuarta, que miraba á la ciudad, habia una pequeña puerta.

Los gritos seguian, aunque algo mas apagados.

Andrés se dirigió prontamente á una de las ventanas, y se puso á mirar lo que pasaba en la estancia.

Era esta reducida y estrecha, regularmente amueblada, y con otra ventana casi enfrente de la que ocupaba Andrés.

En medio del aposento habia una mujer joven y hermosa derribada en tierra, con una profunda herida en el cuello por la que salia un raudal de sangre.

El desprendido y negro cabello la cubria parte del rostro, contrastando la blancura de este con aquel.

Cerca de esta mujer un niño recién nacido cubierto de sangre lloraba amargamente, como si el infeliz comprendiese lo terrible de aquel sangriento bautismo.

Y en un ángulo de la habitacion un hombre muy joven aun, con una daga en una mano y enjugándose la frente con la otra, contemplaba á la víctima con sombrío ademán y estraviados ojos.

Andrés estaba atemorizado, pero miraba con tenacidad, no queriendo perder ni un solo incidente de tan desgarradora escena.

Los lamentos de la infeliz criatura sacaron al asesino de su estupor.

Inmediatamente arrojó la daga lejos de sí: envolvió al niño en un lienzo y se dirigió con él á la puerta de la casa.

Andrés se retiró de la ventana por no ser visto y esperó.

A poco vió salir al hombre con un envoltorio que, después de mirar á uno y otro lado para cerciorarse de que nadie le espiaba, se internó por una senda que conducia al camino de la ciudad. Andrés siguió su huella ocultándose de vez en cuando entre los ásperos jarales.

Aquel terrible drama habia tenido otro espectador.

Ya hemos dicho que el aposento tenia otra ventana: un rostro curtido por el ardor del sol, y surcado de arrugas por los años, se habia asomado á ella poco después que Andrés llegara.

Solamente que aquel rostro siguió pegado al cristal luego que marchó el asesino, porque, en tal momento suspiró la víctima y abrió los ojos.

Dirigió una mirada lánguida por el aposento y luego los volvió á cerrar.

Después se incorporó haciendo un violento esfuerzo; sacó del pecho un medallon que pendia

de un cordon negro y con uno de los alfileres de oro que llevaba en el cabello, mojando en la sangre uno de sus extremos, escribió algunas líneas en dicho medallon, cerrándolo luego.

Agotadas sus fuerzas por aquel movimiento, volvió á caer inerte.

En este momento, y cuando el anciano iba á quitarse de la ventana y á entrar en la estancia para auxiliar á aquella infeliz que aun vivia, volvió á presentarse el asesino, recogió algunas joyas y papeles; y al dirigir sus miradas á la víctima, vió el medallon pendiente del ensangrentado cuello.

La avaricia venció al miedo.

Acercóse á ella temblando; cortó precipitadamente con la daga el cordon y se guardó la joya, saliendo otra vez del aposento.

Entonces penetró el segundo testigo en él, pulsó á la infortunada mujer, restañó la sangre de la herida poniendo sobre ella un lienzo, y con una fuerza superior á su edad, la tomó en sus brazos y dió á correr por un sendero enmarañado.

Trascurrió un cuarto de hora.

El asesino, seguido siempre por Andrés, volvió á la casa no sabemos con qué idea.

Pero al poner el pié en la habitacion palideció de terror.

Ya no estaba allí el cuerpo de su víctima.

En vano le buscó por todas partes.

Todo fué inútil.

Medio loco, y sin saber lo que hacia, se dirigió á la puerta para salir al campo.

Un hombre que habia en el dintel le impidió el paso.

Aquel hombre era Andrés.

El asesino Isaac.

— ¡Soy perdido!..... murmuró este trémulo de pavor.

— Venid, le dijo Andrés asiéndole del brazo y llevándole hácia el camino; es peligroso que nos hallen aquí.

El judío le siguió maquinalmente.

Cuando se hubieron apartado un buen trecho de la casa se detuvo Andrés.

— Habéis asesinado á esa mujer.

— Silencio, dijo Isaac mirando á todas partes con recelo.

— Habéis asesinado á esa mujer, siguió Andrés asiéndole siempre del brazo; habéis robado un niño, su hijo..... no lo negueis: lo he visto.

— Pero ella..... ¿dónde está? preguntó Isaac con angustia.

— Ya habéis visto que ha desaparecido.

— Esto es sobrenatural.....

— Probablemente, añadió el jóven con marcado acento de incredulidad.

Despues prosiguió:

— Yo puedo haceros ahorcar cuando me dé la gana: ahora mismo si me place.

— ¡Oh! perdon! dijo Isaac hincándose de rodillas delante de Andrés.

— No temais, contestó este; no pienso en semejante cosa, ó por mejor decir, eso depende de vos.

— ¡De mí! ¿Qué decis? exclamó Isaac admirado.

— Sí, de vos, escuchadme: yo soy pobre, muy pobre, aunque me cueste rubor el confesarlo; pero tengo ambicion; quiero ser algo en el mundo, y para esto necesito dinero.

— ¡Oh! ¿cuánto quereis? le interrumpió el judío asiéndose de aquella ocasion que se presentaba á su impunidad.

— Veo que me habeis comprendido; es preciso que compreis mi discrecion.

— Decid vos mismo en cuánto la estimais, le dijo Isaac precipitadamente.

— ¡Oh! por ahora..... poco os voy á pedir.

— ¡Por ahora! murmuró el judío..... es decir, que pensais atormentarme siempre con.....

— Si no os placen mis condiciones, tomaos la molestia de caminar conmigo hasta Búrgos, y allí os las impondrá el Santo Oficio.

— Basta, decid pues lo que necesitais.

— Bien: dadme ahora doscientos escudos de oro, y punto concluido.

Isaac reflexionó un instante.

— ¿Vacilais? preguntó Andrés.

— No, no vacilo, seguidme y satisfaré vuestro deseo.

— Veo que sois razonable, respondió Andrés alegremente, viendo que iba á realizar su deseo de ir á la córte algo mejor que esperaba.

Y ambos á dos tomaron la misma senda que siguió el judío al huir de la casa blanca con el niño.

Esta senda cruzaba un terreno fragoso, y conducia á una casuca hecha de tierra con dos habitaciones al lado del camino.

Una mujer como de unos cuarenta años, estaba sentada á la puerta dando de mamar á un niño: á sus piés habia otro mas crecido echado en el suelo encima de unos pañales.

— ¿Qué es eso? preguntó á Isaac señalando á Andrés y viendo el pálido semblante del judío.

— Esperad un momento, dijo este al jóven sin contestar á la pregunta de la mujer.

Andrés se puso á contemplar al niño que mataba, que era indudablemente el hijo de la víctima del judío.

Este salió al poco tiempo con una repleta bolsa, y entregándosela á Andrés, le dijo:

— Tomad vuestro dinero y ved si está completo.

El jóven se guardó la bolsa sin contar las monedas.

— Ahora, dijo, tened la bondad de acompañarme á Búrgos.

— ¿Para qué? preguntó el judío con desconfianza.

— Nada temais: lo hago para mayor seguridad mia; no sea que os dé la humorada de salirme al encuentro por algun atajo, y.....

— Os acompañaré si no es mas que eso.

Y ambos á dos siguieron el camino de la ciudad. Cuando llegaron á la puerta se detuvieron.

Ya era la hora del crepúsculo.

— Retiraos, dijo Andrés.

— ¿Puedo confiar en vuestra palabra? preguntó Isaac con acento sombrío.

— No abrigueis recelo: si vais á Madrid, preguntad en la córte por D. Juan Mondejar, y acaso podré serviros y vos á mí.

II.

DON JUAN DE MONDEJAR.

Tres años trascurrieron desde los mencionados acontecimientos.

Tres años hacia que Andrés al entrar en Ma-

drid cambiara este nombre por el de D. Juan de Mondejar, y en ese tiempo habia mejorado mucho su posicion.

¡Tres años!

Y el pobre aventurero, lleno de ambicion, con un poco de dinero debido á la complicidad de un crimen horrible, se abrió camino hasta las regiones mas elevadas de la córte.

La fortuna le sonreia acariciándole entre sus brazos.

Y una voz interior, misteriosa como el destino y potente como la fuerza, murmuraba en su oido.

Marcha.....

El jóven tenia ya un nombre que se habia dado á si mismo; pero que todo el mundo respetaba en él.

¡D. Juan de Mondejar!

Nombre ilustre: casi prometia una fortuna.

¿Qué le hacia falta para lograr su objeto con un apellido y un poco de oro?

Una mujer.

Entonces como ahora, una mujer era el escalon de muchos.

Solamente que habia que asegurar bien el pié.

De aquí resultaba que los mas fuertes subian y subian á la gloria.

Otros, los mas, se resbalaban y caian en el infierno.

Pero siempre quedaba el escalon.

Esto era lo que le faltaba á D. Juan, que, como hombre de buen juicio, se decidió á buscar.

Quien busca, halla.

D. Juan era muy devoto.

Una tarde entró en santa María de la Almudena, y á pocos minutos de estar orando, vió salir de la sacristia una muchacha linda como una rosa, mas morena que linda, y salada mas que morena.

— ¡Hola! exclamó sin poder contenerse al ver tanta gracia y donosura.

Esta exclamacion profana llegó á oidos de la doncella, que le miró al pasar sonriéndose.

D. Juan no podia resistir las sonrisas.

Así es que inmediatamente se puso en pié, y se dirigió hácia la puerta de la iglesia antes que llegara la beldad.

Sumergió dos dedos de la mano derecha en la pila del agua bendita, y la ofreció galantemente haciendo una leve inclinacion.

La niña aceptó volviendo á sonreír.

(Se continuará.)

VIAJE AL INTERIOR DE LA CHINA

Y Á LA TARTARIA,

POR LORD MACARTNEY,

Traducido del inglés, con notas,

Por J. CASTERA.

(Continuacion.— Véase el n.º 47.)

La escuadra pasó el dia 20 de julio en la bahía de Ki-San-Sen; pero el domingo 21, despues de haberse provisto de nuevos pilotos, salió por el paso que hay entre el cabo Zen-a-Tan y las islas, sosteniéndose mas cerca del primero que de las demas. Un poco al oeste del extremo mas norte de Zen-a-Tan se halla una bahía en la cual los ingleses vieron entrar muchos juncos.

Después de haber pasado el extremo *este*, la escuadra hizo dos millas dirigiéndose hacia el norte nord-oeste; en seguida se hizo á la vela por nor-oeste, cuarto de norte, después al nord-oeste, luego al oeste, costeano así durante todo el camino. Después de haber marchado de esta suerte hasta la tarde, dió vuelta á una elevación de tierra parecida á la entrada de la bahía de Ki-San-Sen. Allí se notó como la vispera, cubiertas las alturas de espectadores. Las montañas que están por detrás de las costas que la escuadra siguió en esta jornada, tienen un carácter particular y mas bien parece ser obra del arte que de la naturaleza. Sus flancos parecen estar redondeados con el auxilio del hacha, y sobre sus vértices se ven pequeños montones de tierra que tienen la forma de las antiguas sepulturas.

La escuadra ancló con siete brazas de agua en la bahía de Ten-Choo-Foo, y á dos ó tres millas al nord-este de la ciudad del mismo nombre. El fondo del mar era muy malo, muy duro y lleno de *conchas* ó *marisco* (1). Se despachó cuanto antes al *Clareuse* para que fuese á examinar el puerto de Mi-a-Tan, indicado como sitio muy seguro para la escuadra; se hizo también partir á un oficial encargado de anunciar al gobernador de Ten-Choo-Foo, la llegada de los ingleses. La terminación del nombre *Ten-Choo-Foo*, significa en la lengua china que es una ciudad de primer orden, y que muchas ciudades medianas y pequeñas dependen de su jurisdicción. Ten-Choo-Foo se halla edificada sobre un terreno elevado, y desde la cubierta de las embarcaciones parece muy grande: le rodea una fuerte muralla.

El puerto, ó mejor dicho la bahía de Ten-Choo-Foo, quedaba no solo al descubierto por el lado del este y del oeste, sino que estaba muy mal abrigada por el norte; porque las islas de Mi-a-Tan se encuentran demasiado lejos para detener del todo el efecto del viento y de la mar fuerte. El fondo sobre el que los buques anclaban, se hallaba en general compuesto de rocas duras y puntiagudas, y con cerca de una milla y cuarto de costa; allí existe un peligroso banco de roca que se halla cubierto por la alta mar y se estiende á cerca de una milla de *este* á *oeste*.

Alrededor de este banco se eleva el fondo tan rápidamente, que el aproximarse, es bastante peligroso. Hay en Ten-Choo-Foo una concha donde las embarcaciones entran para tomar ó depositar sus cargamentos. Para entrar allí, se pasa entre dos malecones que tienen entre ambos de treinta á cuarenta piés de distancia. El terreno que se estiende á lo largo de la costa, se encuentra perfectamente cultivado, y se eleva insensiblemente hasta el pié de una cadena de montañas desiguales, y que parecen ser de granito.

El paso entre Ten-Choo-Foo y las islas de Mi-a-Tan, se llama el estrecho de Mi-a-Tan. Entre la alta y baja marea, hay una diferencia de siete á ocho piés de agua. El curso de la marea ascendente va hacia el este, y derecho al mar, de donde naturalmente debería venir, y la marea descendente que no debería ser propiamente mas que el reflujó del agua del mar, se marcha al contrario de la mar, recto al *oeste*, en el golfo de Pekin. Este extraño fenómeno no es ocasionado por la posición de las islas Mi-a-Tan, las que, en propor-

ción de la estension del mar, donde no se elevan sino como dos puntas, son demasiado pequeñas para detener el curso ó cambiar la dirección de las mareas. Pero respecto á esto, puede darse una explicación mas satisfactoria, al considerar los límites septentrionales de la mar *Amarilla*.

El flujo que entra viniendo del sud, en el paso que hay entre el cabo oriental de Shang-Tung y la península de Corea, continúa corriendo con impetuosa rectitud al nordeste hasta que la costa de Lea-Tung le opone un obstáculo. Entonces marcha á lo largo de la costa hacia el *oeste*, y en el golfo de Pekin, del que sigue la playa igual y arenosa, describiendo una línea curva, prescrita por la forma del golfo. Por último, cuando llega á Ten-Choo-Foo, hay aun bastante fuerza para contrabalancear, ó mejor para vencer el débil esfuerzo del reflujó que contornea la proyección de la tierra de la provincia de Lea-Tung.

Cuando el gobernador de Ten-Choo-Foo llegó á saber que el embajador se hallaba á bordo del *Lion*, le envió un presente de frutos y otras frescas provisiones, y vino á hacerle una visita. Este empleado estaba acompañado de un gran número de personas, una de las cuales, teniendo ocasión de hablarle, mientras que pasaba el puente del buque, cayó de rodillas delante de él, y permaneció en aquella postura todo el tiempo que dicha autoridad le dirigió la palabra. Los ingleses estaban desde luego asombrados de aquella acción, y lo quedaron mas, al ver que el gobernador escuchaba al hombre arrodillado con una tranquilidad que demostraba lo acostumbrado que estaba á verse acometer de aquella manera.

Aquella prueba de la estremada distancia entre las líneas, no parecían, por lo tanto, reconocer por causa, ni la altura particular del uno, ni la abyección del otro. Ella solo indicaba las formas y usos establecidos para sostener el hábito de subordinación. En la China se consideran estas formas y estos usos como mas propios para promover el tumulto y el desorden, que no pueden serlo en los demás países el miedo y los castigos. Hasta los individuos, aun iguales en categoría, se tratan allí con muchas ceremonias y mútuas demostraciones de respeto, no originándose entre ellos una conversación libre y familiar.

En su entrevista con lord Macartney, el gobernador de Ten-Choo-Foo mostró no solamente dignidad, sino soltura y cortesía. Se le vió en aquella ocasión, como se le habia ya observado en Chu-San, que el aire de solemnidad que se tiene en muchas ocasiones, atribuido al carácter general de los chinos, no era afectado para ellos, sino en presencia de los que consideraban como inferiores.

El gobernador convidó á lord Macartney y á su comitiva á saltar en tierra, y participar de los festines y espectáculos que les destinaba, para corresponder de alguna suerte, segun él decia, á la espléndida recepción que su soberano se proponia hacer al embajador, cuando llegara á la corte imperial. Pero el embajador lo rehusó políticamente, así como lo habia hecho con el gobernador de Chu-San, del cual recibió igual invitación.

El ruido de la recepción anunciada por el emperador, debia, sin duda, producir una gran im-

presión en el espíritu de los pueblos de la China, que no miran el trono sino con un respeto extraordinario. Debía inspirarles para la nación inglesa, una consideración de la que los agentes que la Compañía tiene en Canton, no podían menos de experimentar efectos muy ventajosos. Todo exigía al mismo tiempo, que los individuos que componían la embajada, procurasen, con mucho recato y circunspección, el no ocasionar disgustos en un país donde el mas pequeño desorden, la menor ligereza de conducta, podían tan fácilmente ofender. Era necesario que por todas partes donde fuesen, se esforzaran en cautivar la buena opinión de los chinos, á fin de destruir los juicios que, segun lo que contienen las memorias de la Compañía, aquel pueblo habia concebido contra la moral y costumbres de los ingleses.

En su consecuencia, cuando se adelantó la escuadra en la mar *Amarilla*, y dispuestas, segun todas las apariencias, á arribar al sitio de su destino, en el golfo de Pekin; el embajador se determinó á hacer una nota que se leyó públicamente á las tripulaciones y pasajeros de cada buque. Aquel ministro prevenia en aquella nota: «Que sin la benevolencia de los chinos, la embajada no podia cumplir con los distintos é importantes proyectos, cuya ejecución le estaba confiada. Que esta benevolencia dependia mucho de la idea que los chinos adquiriesen de las disposiciones y del carácter de la nación inglesa, de la que no podían juzgar sino por la conducta de los ingleses que venían entre ellos. Que la impresión que ya tenían hecha del espíritu del pueblo; las indiscreciones cometidas por algunos ingleses en Canton, les habia dado una fama tan desfavorable, que los miraban como los peores de los europeos; que esta impresión se habia comunicado al tribunal de la capital, el cual estaba encargado de informar al emperador de todo lo que concernia á los países extranjeros, y de ayudarle, respecto á esto, con sus consejos.

»Que era, pues, muy esencial que, por medio de una conducta singularmente regular y circunspecta por parte de los que pertenecían á la embajada, ó que tuviesen relación con ella, se inspirara á los chinos una nueva idea de los ingleses, pero mas justa y mas favorable. Que era necesario mostrar, aun á el último empleado, fuese de tierra, de mar ó civil, que la nación inglesa era capaz, ya por el ejemplo, ya por la disciplina, de mantener, entre los inferiores, la sobriedad, el orden y la subordinación. Que aun cuando el pueblo chino no tuviese parte en el gobierno, la máxima invariable de los jefes era defender al mas pequeño de los chinos en las disidencias que pudiesen tener con un extranjero, y hasta vengar su sangre si hubiese lugar á ello; que se habia tenido poco hacia un fatal ejemplo de ello en Canton, donde un artillero inglés habia sido la causa inocente de la muerte de un paisano, y fué ejecutado, á pesar de los esfuerzos reunidos de muchos factores europeos que querían salvarle. Que, por consiguiente, se debia obrar con muchísima precaución y dulzura en todas las relaciones directas ó accidentales que se tuviesen con cada uno de los individuos, aunque fuese el último de ellos.

»El embajador, que sabia bien que no tenia necesidad de recomendar á Sir Erasme Gower hiciese los reglamentos que la prudencia podia

(1) Obra de la naturaleza, de monton de conchas, pehina y caracoles.

HISTORIA ILUSTRADA DE LA GUERRA DE ÁFRICA.



Potro árabe.



Carga de caballería de Marruecos.

dictar en aquella ocasion para las personas que se hallaban á sus inmediatas órdenes, y que esperaba que el capitán Makintosh haria lo mismo con los oficiales y tripulacion del *Hindoustan*; no dudaba que estos justos reglamentos, necesarios y propios para hacer apreciar el nombre inglés y favorecer los intereses de la patria en países tan lejanos de ella, se cumplirían con gusto y con exactitud; y se lisonjeaba tambien que semejantes motivos hicieran su efecto en las personas agregadas á la embajada ó á su servicio.

»Su excelencia declaró, que así como estaria dispuesto por los que lo mereciesen á hacer una relacion ventajosa en su favor, creeria tambien, en caso de mala conducta ó de desobediencia á sus órdenes, deber dar cuenta con la misma exactitud, y aun suspender ó despedir á los que faltasen si la ocasion lo requeria. Que si se ofendiera á un solo chino, ó se cometiera algun crimen punible por las leyes del país, no se creeria obligado á mezclarse en ello, para tratar de mitigar ó detener la severidad de estas leyes.

»El embajador contaba con el lugar-teniente, coronel Beuson, comandante de su guardia, para vigilar con atencion á los individuos que componian este cuerpo. La vigilancia, en cuanto á su conducta personal, era no menos necesaria en las circunstancias en que se encontraban, que no lo hubiera sido, aunque por otros motivos, en presencia de un enemigo en tiempo de guerra. La guardia se debia tener siempre reunida y ejercitada regularmente en todas las evoluciones militares. Ningun soldado se podia ausentar de los buques ni de los puntos que se fijasen en tierra para su residencia, sin el permiso de su excelencia ó el oficial-comandante.

»Se añadió que ninguno de los operarios ni criados saldria del buque ó de la casa que habitasen, sin permiso del embajador ó de M. Maswel; que su excelencia esperaba que las personas de su comitiva darian el ejemplo de subordinacion; y le prevendrian cuando quisieran ausentarse del buque, ó de su habitacion estando en tierra.

»El embajador prohibia de la manera mas expresiva á todas las personas dependientes de sus buques, así como á las de su comitiva, sus guardias, operarios, criados, el ofrecer, vender ó comprar, bajo ningun pretexto, la menor especie de mercancía sin que él hubiese antes otorgado

el permiso. Que una embajada en Pekin, estaba en la necesidad de evitar toda clase de tráfico, y que la Compañía de la India habia renunciado á los beneficios de un nuevo mercado y á embarcar á bordo del *Hindoustan* mercancías para venderlas; porque una embajada perderia su importancia y dignidad á los ojos de los chinos, y no produciria ninguno de los efectos que se esperaban relativamente al comercio, si se descubria que las personas de la comitiva del embajador, ó que tuvieran alguna relacion con él, se ocupaban en hacer el mas pequeño mercado, con la esperanza de lucrarse, mercado que no faltaria quien lo representara bien pronto como un sistema general de tráfico. Su excelencia prometia moderar este rigor tan pronto como sus negociaciones estuviesen adelantadas para que hubiese seguridad del éxito de su mision, y cuando el permiso que diera á un inglés para disponer de alguna mercancía, fuese considerado como un favor acordado por el comprador chino.

(Se continuará).

CURSO FAMILIAR DE LITERATURA

POR LAMARTINE.

TRADUCIDO AL CASTELLANO POR
D. EDUARDO PERIÉ.

(Continuacion.—V. el n.º 47).

Infinidad de pavos reales, desde los desposos de los árboles que el tiempo va destruyendo insensiblemente, persiguen á las serpientes asustadas con sus discordes gritos. En lontananza, y hácia el mediodia, se prolonga la magnífica cadena de montañas, cuyas altísimas crestas están coronadas con una diadema de nubes. Hácia la mitad de su falda brota el manantial del torrente con un ruido espantoso, que aumentan los ecos de las cavernas; y á sus piés, el rio sagrado que reúne en una sola corriente todos esos impetuosos riachuelos, que rugen al entrar en su ancho cáuce, para confundirse, á su pesar, con sus majestuosas ondas.» (Desaparecen los dos bajo los árboles).

Una de las mujeres que habitan aquellas soledades, describe á una de sus compañeras el

estado de escitacion en que estaba el desgraciado Rama, del modo siguiente:

«Hace ya mucho tiempo que oculta Rama en su pecho el dolor de haber perdido á su esposa, aunque una tranquilidad aparente disfrace el tormento que tortura su alma. El desfallecimiento de su cuerpo anuncia el pesar que desgarrá su corazón. ¡Desgraciado de aquel que alimenta una afliccion secreta! Su alma sucumbe en poco tiempo.»

XVI.

En aquel momento, Sita, que ha sido enviada por una divinidad bienhechora para ofrecer un sacrificio en el bosque, aparece en la escena. Ignora que sus dos gemelos *Cousa* y *Lava*, que habia dado á luz en las riberas del Gange, y que le habian sido arrebatados casi inmediatamente, vivian en aquellas soledades hacia doce años. Su elefante favorito, del que se ha apeado, va á perecer por la trompa de otro elefante monstruoso que lo ataca á orillas del rio. A los gritos de las mujeres acude Rama, el cual se lanza á la pelea y salva al elefante de la reina, pero sin reconocer á Sita, porque los dioses la hacian invisible. El soberano habla como si la viera con los ojos de su alma.

«Sita, le dice, mi brazo acaba de cumplir tus votos; ¡tu elefante favorito, el que en los primeros dias de tu infancia alargaba su diestra y delicada trompa, para coger en tus orejas las olorosas fibras de loto que llevabas por pendientes, desafia en la actualidad al poderoso monarca de los bosques! ¡Vé cómo trata de captarse el amor de su compañera á fuerza de caricias, y cómo aspira con su trompa la onda embalsamada con la lluvia de las flores de los lotos de la ribera! ¡Vé cómo refresca delicadamente el cuerpo de su compañera, y cómo arranca las mas anchas hojas de las plantas humedecidas, suspendiéndolas despues sobre su cabeza para preservarle de los ardores del sol!» (Se alejan).

Sita, que se ha quedado sola, llora la ausencia de sus hijos.

«¡Ese pequeño elefante, dice, me recuerda á mis hijos!..... ¿Qué he hecho yo para que el destino me sea tan adverso? ¿qué falta he cometido para que no conozcan nunca lo que son las caricias de un padre? ¡Qué hermosos estarán ahora

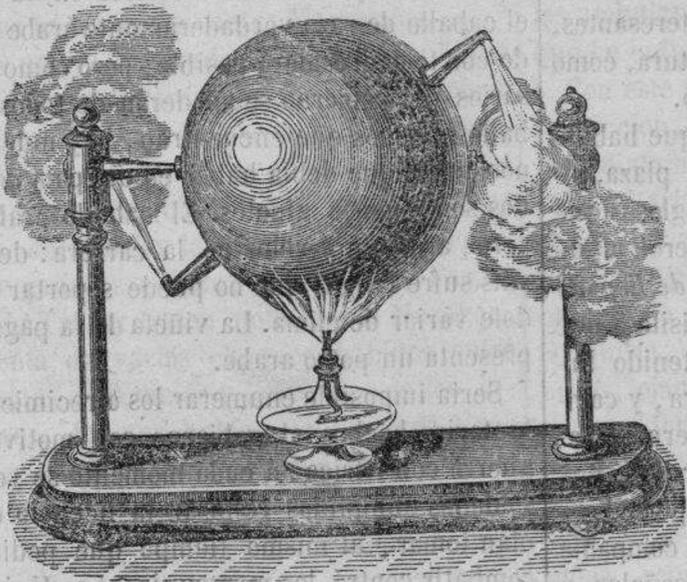


Fig. 1.ª = Máquina de reacción: eolípila.

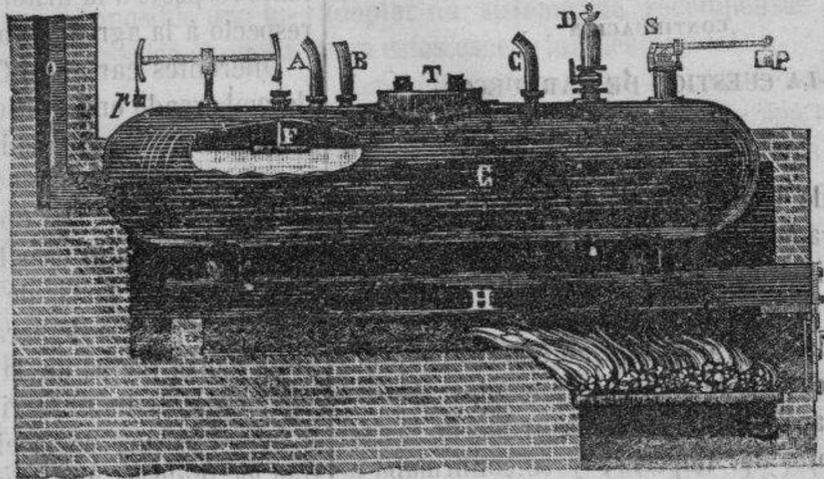


Fig. 2.ª = Generador del vapor.

con sus vivos y sonrosados semblantes sombreados con sus largos y rizados cabellos, con sus frescos y carmineos labios entreabiertos por una sonrisa, mientras dejan ver dos filas de perlas semejantes á los capullos del jazmin cuando desplegan su corola!

Rama para el que ha quedado invisible, prosigue en sus quejas y recuerdos, mientras recorre el bosque. «Dejadle llorar, dicen sus servidores; los que sufren deben hablar de sus penas. Cuando el dolor rebosa en el corazon, se alivia si se desahoga. ¡El lago que se agita á impulsos del huracan, no devasta sus orillas, si al levantarse sus encrespadas ondas, encuentran un canal que las reciba!»

Por lo tanto, la esposa presencia invisiblemente la desesperacion y el delirio del esposo que está condenado á vivir lejos de ella, y la escena continúa siendo cada vez mas patética; hasta que, por último, Rama ordena en su delirio á uno de sus escuderos, que dirija el carro hácia el templo en que debe sacrificar á los dioses, llevándose consigo la estatua de su adorada Sita, de la que no debía separarse nunca.

XVII.

Al cuarto acto, el poeta introduce en la escena al padre de Sita que es un rey anciano. Sus lamentos al pensar en la suerte de su hija, tienen tanto dolor y mas piedad, que las de Priamo ó de Hecubeo en las tragedias griegas.

«El pesar destroza mi corazon, como una sierra que fuera dividiendo todo mi sér, dice. Siempre que pienso en mi hija, se renueva mi dolor, como se renuevan incesantemente las aguas de un rio, que se alimenta en un manantial inagotable. Soy tan desdichado, que ni la edad, ni los infortunios, ni las austeridades, ni la penitencia, han podido libertar mi alma de este cuerpo que la prisiona. No me atrevo tampoco á poner un término á mi dolor, destruyendo el último destello de vida que me queda, porque un profundo y tenebroso infierno espera al que miserablemente atenta contra sí mismo.

Los años se pasan, y á pesar del tiempo se renuevan mis dolores con los recuerdos del pasado; y las penas me sobreviven porque mi mente está fija en él.... ¡Ay! mi querida Sita! es posible que tantas virtudes no hayan aplacado la ira de tu destino! Tus infantiles gracias las tengo presentes en mi memoria; tu semblante, fresco

como el loto y adornado simultáneamente por tus sonrisas ó tus lágrimas, lo veo incesantemente; y los primeros esfuerzos que hiciste para esprezar tus pensamientos en palabras, resuenan en mis oidos á todas horas. ¡Hija del sacrificio! qué es lo que te queda hoy de la ventura que soñaste! ¡Oh, tierra! diosa omnipotente; y tú, brillante sol, dios de mi raza, sábios y santos que debiais protegerla, ¿por qué la habeis abandonado á su destino?.....»

Los niños aparecen ante el abuelo y la abuela. A medida que esos hermosos niños se adelantan hácia nosotros, se dicen entre sí: «Atraen nuestras almas endurecidas por los años, como el iman atrae el acero.»

La abuela besa al niño. «¡Cómo me recuerda á Rama! dice. Se le parece en todo, en su apostura, en sus facciones, en su color moreno, semejante á la hoja caída que flota sobre la superficie de un torrente; y en el timbre fuerte y sonoro de su voz, que es tan penetrante como el grito del pato silvestre, al reunir con alegría las ramas del loto, cuando oscilan sobre las tranquilas hondas de los lagos. Su cutis, sobre todo, es terso al tacto como el de Rama, y duro como la copa que contiene los granos del loto.... ¡Pero y su aire!... sería posible.... ¡Oh! sí, sí: observad esa mirada fija, penetrante, y animada, ¿no se asemeja en un todo á la de Sita?»

El interrogatorio de ambos abuelos y las ingenuas contestaciones de los niños son dignas de Eliacin en nuestra *Atalia*.

Algunos soldados se presentan para disputar á los niños un caballo que se les habia escapado y que estaba destinado al sacrificio. Uno de los hijos de Rama protege al animal y hace frente á los soldados; tiende su arco bajo una granizada de flechas, y esclama al lanzar la primera: — «¡Estoy solo contra todos! hé aquí la gloria que me saluda por primera vez. Mi arco, flexible como un junco, se estremece y resuena como la nube al desgarrarla el rayo, y se dilata y se comprime al esfuerzo de mi brazo, como la enorme boca del Yama cuando se abre para devorar á las naciones!»

Se traba el combate, y su descripcion nos recuerda la de los gigantescos combates de Homero.

Uno de los circunstantes esclama al verlo: — «Me recuerda á Rama, tal como era en su juven-

tud, cuando lanzaba sus flechas contra los espíritus impuros.

«Me abochorno cuando considero su valor. Está inmóvil como si en torno suyo no tronara la tempestad del combate.... En el aire, oscurecido por una inmensa polvareda, brillan los dardos como si fueran relámpagos. Los carros se precipitan con un ruido espantoso que acrece el clamoreo de las campanillas que los guarnecen; los monstruosos elefantes se adelantan como nubes cargadas de electricidad, envueltos en la borrascosa oscuridad de la batalla. El héroe los desafía y su grito de guerra se oye á pesar del redoble de los tambores, mas fuerte y repetido que el clamor del elefante silvestre cuando atruena los bosques de la montaña. Se adelantan hácia él; pero el furor y el miedo detienen á los mas osados, porque ven rodar los que se le acercan. Suelta su arco....

Aterrados como si la boca del Yama se abriera para devorar al mundo, nuestras gentes se estremecen, vacilan, y por último huyen: ¡apresúmonos.... pronto, pronto, volemós á su socorro! — Ese jóven debe combatir con armas celestes, dice otro:

«Cierto, contesta un tercero; y ¡y si no ved!... Un cambio terrible se opera en la naturaleza, esto es espantoso; la oscuridad sucede á la luz del dia; y como si nuestras gentes fueran un ejército en miniatura, se detienen inmóviles, á medida que el encanto irresistible subyuga sus sentidos. En el cielo flotan en este momento densos vapores, amontonados y compactos como los picos del Vindhya. Las tinieblas saliendo de las cavernas del infierno se estienden por todos lados. Rojas llamas atraviesan por intervalos la oscuridad, como si una lluvia de acero candente se desprendiera de los aires; y el viento ruge en lontananza como si hubiera llegado el fin del mundo.»

Un héroe se adelanta para combatir cuerpo á cuerpo con el hijo de Rama.

«Su furor va á estallar; todos sus miembros palpitan agitados por la cólera; sus ojos, inyectos en sangre, brillan como el loto punzon; y sus pálidas mejillas y sus frentes contraídas se asemejan a las manchas amarillentas de la luna, ó al loto, cuando sobre su flor marchita estiende sus vibrantes alas la laboriosa abeja.» Ni Pindaro tiene mas valentia, ni Homero ni el Dante mas imágenes. (Se continuará).

HISTORIA ILUSTRADA

DE LA GUERRA DE ÁFRICA

CONTINUACION

DE LA QUESTION DE MARRUECOS.

Noticias de Tánger del 22 de octubre confirmaban la entrada en la población de las tribus kabilas de las inmediaciones. El gobernador había hecho todo lo posible por evitar el saqueo, y había castigado severamente á algunos miserables cogidos en el acto de cometer violencias. Esperaban en la plaza que llegasen mas tribus de los diferentes puntos del Imperio, y se confirmaba la noticia de la próxima llegada del hermano del emperador (que ha sido nombrado generalísimo), con un cuerpo numeroso de infantería y caballería.

También circuló el rumor de que el cherif independiente de el Sur-el-aksa se disponía á atacar al emperador: esta noticia, de tanta importancia en semejantes circunstancias, había sido dada, según se decía, por un marroquí.

Según una carta de Gibraltar, había llegado de Rabat á Tánger un general distinguido, y el cual se creía que tomaría el mando de la guarnición. La misma carta decía que el vice-cónsul español había ofrecido á muchas personas que no podían costearse su pasaje, hacerlas conducir á Tarifa, y que en solos dos días habían llegado á Gibraltar huyendo de Tánger, cerca de ochocientos fugitivos, casi todos judíos. Las autoridades de Gibraltar los habían alojado en la puerta de Tierra hácia la parte del mar, suministrándoles doce libras de pan para cada ocho personas y media libra de carne por individuo. También se decía que en Estepona habían desembarcado doscientos judíos de Tánger.

En Tarifa se destinó un local para recoger á los muchos judíos indigentes que llegaban huyendo de Tánger. Una carta de aquella plaza decía que la población se hallaba llena de judíos, que llenaban de bendiciones á S. M. la Reina, porque, además de haberles franqueado los trasportes gratuitamente, les concedía una hospitalidad segura en su triste situación. Dichos judíos se hallaban en la mayor miseria, pues había algunos que al desembarcar no llevaban mas que andrajos, y sin mas provision que una espuerta de carbon y algunos higos mugrientos y secos.

El *Gibraltar Chronicle* anunciaba que Inglaterra había declarado á Marruecos que no podía auxiliarle en su guerra contra España. El lord Russell había sido interpelado acerca de esta declaración; pero este, según decía el *Times*, se había negado á contestar, alegando que continuaban aun las correspondencias diplomáticas con España respecto á este asunto.

La *Patrie* de París citaba y apoyaba un artículo del *Morning Chronicle* favorable á España en la cuestión de Marruecos.

El 28 de octubre quedaron en estado de bloqueo efectivo por el competente número de buques de la marina real, los puertos y fondeaderos de Tánger, Tetuan y Larache en las costas de Marruecos.

Por el ministerio de Fomento, se dispuso que

acompañase al ejército expedicionario de Africa, una comisión encargada de recoger las curiosidades artísticas y demás noticias interesantes, tanto respecto á la historia y á la literatura, como respecto á la agricultura y al comercio.

Diferentes cartas de Ceuta decían que habían desembarcado en un sitio próximo á la plaza, algunos moros acompañados de varios ingleses que recorrieron la parte del Serrallo é hicieron algunas apuntaciones. La *Correspondencia de España* decía que á ella la escribían, que la visita á que se referían las cartas de Ceuta, había tenido lugar antes de la declaración de guerra, y coincidía con el recibo de la nota del gobierno español en que pedía el territorio de la sierra de Bullones. Parece, decía el mencionado periódico, que los ingleses que desembarcaron en compañía de algunos moros, iban encargados de señalar y medir el terreno, cuya propiedad pedía España.

Esta sierra de Bullones, cuyo territorio se había negado á ceder á España el emperador de Marruecos, es de una estension de dos leguas próximamente y es la mas elevada que hay á la vista de la plaza. Produce cal y yeso en grande abundancia, y tiene mucho monte bajo con bastante caza mayor y menor. El monte alto produce preciosas maderas como sabina, cedro, caoba, haya y roble, y maderas para la construcción de buques. En las faldas del monte se encuentra con frecuencia barro fino para ladrillos y tejas. Manantiales de agua muy buena brotan en sus sombrías y pintorescas gargantas. Si nos posesionamos de este terreno cuya lozana vegetación convida al trabajo, podrá sostener con sus productos todas las necesidades de la plaza, y nuestros ganados que hoy perecen por falta de alimento, nos darían la carne, la leche y la manteca de que carecemos en la actualidad.

El territorio marroquí se divide en Tell, ó país cultivable, y Sahara, país que no produce cereales. Es difícil señalar con certeza los límites de ambos; pero sin embargo, se considera que el país cultivable ocupa todo lo mas una superficie de doscientos ochenta y cinco mil kilómetros cuadrados, que equivalen á las dos quintas partes del Imperio de Marruecos. Esta parte es fértil y produce trigo, cebada, maiz y sorgho. Hay además en algunos puntos, olivos, higueras, naranjos y limoneros; y en las montañas, encinas, robles, moreras, y por la parte meridional, palmeras, cuyos dátiles son uno de los alimentos preferidos de los marroquíes. Hay además una abundancia prodigiosa de toda clase de frutas, algunas esquisitas y mucho mas precoces que las nuestras, pero á pesar de esta fertilidad, se padecen á veces hambres espantosas que no son comparables á las de Europa, producidas por las langostas que, pasando al sud del Atlas, esparcen la desolación por los campos, produciendo algunas veces con su putrefacción peste y fiebres contagiosas.

Hay también muchas fieras en los bosques, y gran número de caballerías y animales domésticos, con los cuales comercian los habitantes; pero el animal mas útil por su resistencia, sobriedad y fuerza, es el camello, este *barco del desierto*, como le llaman las tribus nómadas. Tiene la ventaja de ser mas barato que cualquiera caballería, y soporta fatigas que esta no podría soportar, llevando una carga muy superior á la que llevaría la mula mas fuerte.

Hay muchos caballos de raza árabe en la parte meridional, y de raza berberisca en la opuesta; el caballo de raza verdaderamente árabe, es criado con todo el esmero posible; pero como los emisarios del gobierno se apoderan de todos los caballos buenos que encuentran, hay muchos menos de los que debía haber en un país donde todos son buenos ginetes. El caballo árabe es ligero, ardiente y veloz en la carrera: dentro del país sufre fatigas que no puede soportar haciéndole variar de clima. La viñeta de la pág. 760 representa un potro árabe.

Sería imposible enumerar los ofrecimientos voluntarios hechos al gobierno con motivo de la guerra con Africa: á cada momento se veía á los soldados cumplidos rehusar la licencia que debían tomar, al mismo tiempo que pedían ir á combatir contra los marroquíes. Las Universidades del reino daban pruebas también de su entusiasmo regalando banderas para el ejército, alistándose algunos alumnos para ir á la expedición, creando distinciones honoríficas para los que mas se distinguen en esta guerra, y dando toda clase de pruebas de su patriotismo. En los conventos de monjas se dedicaban á hacer hilas y vendajes para los heridos, y multitud de señoras de todos los puntos del reino se ocupaban con asiduidad en la misma labor. Los Ayuntamientos de diferentes puntos establecían también recompensas para los soldados que se inutilicen en la guerra, y los particulares contribuían con donativos, tanto en dinero como en especie. La prensa periódica de provincias contribuyó, por su parte, con un donativo considerable de provisiones para el ejército expedicionario.

El gobierno destinó á Sevilla como punto de depósito de los prisioneros marroquíes que puedan hacerse durante la guerra, destinándola además para depósito de nuestros heridos y punto de residencia de la Dirección de Administración militar. El mismo punto fué designado también para la reserva del ejército, compuesta de batallones provinciales.

El estado sanitario de Algeciras, aunque no era completamente bueno, estaba muy lejos de ser como hubiera podido temerse. Desde la llegada de las tropas hasta últimos de octubre no había habido mas que trescientos cincuenta enfermos, lo cual no llegaba al 5 por 100 del número que componía la fuerza acantonada allí. El total de los individuos atacados del cólera desde su principio, era de 79, de los cuales habían fallecido 22, habían curado 36 y existían 21. La desgracia que había ocasionado un verdadero dolor, era la muerte del brigadier D. Ventura Barcáiztegui, persona muy apreciada en el ejército y en la sociedad. En su reemplazo fué nombrado el brigadier Sr. Jimenez Sandoval.

El *Monitor* de París hacía una relación sucinta de las ofensas hechas por los marroquíes á los franceses en las fronteras de la Argelia, y anunciaba el triunfo que acababa de obtener el ejército francés en el combate que había habido. El segundo regimiento de zuavos había plantado su águila en la colina de Ain-Tacoural, después de un combate de tres horas. Las tropas francesas no tuvieron pérdidas considerables.

Todos los periódicos de París recibieron un comunicado del gobierno, desmintiendo un parte telegráfico enviado de París á Londres, en el que

Se decía que Francia había suministrado todos los recursos y materiales que necesitaba España para empezar las hostilidades contra Marruecos.

Se decía que el emperador de Marruecos había dispuesto que se retiraran al interior del imperio todos los ganados y víveres de las kabilas y aduanas próximas á las costas, y que no puedan ser bien defendidos. También habían abierto zanjas con objeto de inundar las llanuras. El depósito general de ganados se había de formar en Fez.

Cartas de Tánger traían noticias de Mazagan, dando cuenta de varios choques habidos entre los habitantes de Azamor y los árabes de las inmediaciones. Azamor había estado sitiada cinco días; la población exterior había atacado á la plaza, llamando en su auxilio las tribus árabes vecinas. Dichas cartas decían además que no se tenían noticias positivas de Fez, y que se ignoraban completamente los movimientos del emperador; que los árabes no querían creer que este estuviese reconocido, alegando en favor de su incredulidad el que el emperador no hacía nada para contener la revolución de todo el país.

El grabado de la pág. 760 representa los árabes combatiendo en las cercanías de Azamor.

Otra carta de Tánger decía que á la mañana siguiente de la partida del Sr. Blanco del Valle, había sido hecha pedazos el asta de la bandera del consulado español, sin que se supiera por quién; que los moros, mientras veían la bandera, creían que podría obtenerse la paz; pero que en aquel día consideraban ya próximo el principio de la guerra. El entusiasmo de los moros crecía por momentos al considerar que iban á pelear con los cristianos, pensando que si mueren en la lucha, gozarán en el paraíso las delicias que les ofrece su religión.

Un corresponsal de la *Iberia* decía que el gobernador de Tánger había echado fuera de la plaza á todos los que no podían tomar las armas, y había introducido 800 moros de rey. Además de otras fuerzas, habían ido á Tánger 2,000 caballos con sus ginetes. Los moros deseaban entrar pronto en combate.

Los presos de la cárcel de Madrid elevaron á S. M. una súplica con mas de cien firmas, pidiendo ir á pelear al Africa.

Los jefes y tropas destinadas al ejército iban saliendo sucesivamente de Madrid y de otros puntos, para sus respectivos destinos.

Los obispos de diferentes puntos de la Península dirigieron esposiciones á S. M., manifestando su adhesión é implorando la protección del Todopoderoso para nuestro ejército: en algunas poblaciones arengaron á las tropas en el momento que marchaban á la expedición. También, en varias capitales, el clero ha tratado de contribuir con donativos pecuniarios para los gastos de la expedición.

M. A. DE ERRO.

DE LA GUERRA EN ÁFRICA

POR

EL GENERAL YUSUF.

(Continuacion.—Véase el n.º 47).

Estas columnas serian permanentes en las mis-

mas zonas, y los puestos que ocupasen, provistos abundantemente de arroz, bizcochos y cebada; las ambulancias se establecerian en los puestos que he indicado.

Con este sistema me parece imposible una insurrección, y en caso de estallar, seria ahogada inmediatamente.

Resultaria, además, una notable economía con la presencia de tropas siempre disponibles en los sitios mas amenazados de ordinario. Lo que nos ha costado mas hombres y mas dinero desde la conquista, son las insurrecciones súbitas, imprevistas, lejanas, que nos obligaban á organizar transportes á todo coste, á reunir forzosamente, en un punto dado, un material enorme, y un número considerable de tropas. También las marchas forzadas, que era preciso imponer á soldados bisoños, recién llegados de Francia, los cuales, ciertamente, aunque no escasos de valor ni de corazon, no estaban, sin embargo, acostumbrados al clima, á las privaciones y á la marcha, y no tardaban en sucumbir á fatigas, para las que no se hallaban preparados.

Supongamos ahora que estalla una insurrección en el Este, en el Oeste, ó en cualquier otro punto de la Argelia; hé aquí lo que habria que hacer. Desde la primera noticia, y aun antes que lleguen órdenes, algunas veces tardías, de Argel ó de los comandantes de divisiones, el general que mandara la columna del centro, se trasladaria al teatro de la insurrección, dando á las dos columnas mas próximas, orden de reunirse. Inmediatamente tendria en su mano cerca de 9,000 hombres: ahora bien; en presencia de fuerza semejante, no solo no podria propagarse la insurrección, sino que seria comprimida al momento. Repito, además, que con el sistema de columnas móviles, ni aun se presentaria el caso.

Durante el invierno, que, bajo estas latitudes, es la primavera de Europa, cada columna recorrería su zona respectiva. En los grandes calores del verano, entrarían en el Tell, donde hallarian agua y vastas florestas. En caso de necesidad, se prolongaria la permanencia, y, semejantes á las legiones romanas, de las que hay en Africa tantos recuerdos, nuestros regimientos á su vez, ocupándose en prevenir la guerra, mas bien que en reprimirla, podrian dejar en esta tierra huellas de su paso. Las columnas hallarian entonces en el Tell puestos de abastecimientos en Lalla-Maghrnia, Dava, Sidi-bel-Abbés, Frenda, Saïda, Tiaret, Temet-el-Haad, Boghar, Aumale, Bordj-el-Bonarij, Setif y Bathna.

Seria preciso, ante todo, conservar en estas columnas los mismos regimientos; designar algunos de ellos, como los zuavos y los cazadores de Africa, que formarian el centro del ejército: de este sistema resultaria una ventaja enorme, cuyos buenos efectos no podrian apreciarse en todo su valor, y seria la de tener hombres perfectamente aclimatados, conocedores del país, y habituados á una guerra enteramente escepcional. Su uniforme deberia ser el de los zuavos, y su armamento la carabina.

Por demás está decir que seria preciso que las recompensas estuviesen en relacion con los servicios prestados, y que los soldados que hubieran impedido una insurrección, deberian ser mirados tan meritorios como los que hubiesen sido

empleados en reprimirla. Estas expediciones serian tal vez menos brillantes que las guerras ordinarias; pero los soldados que tomaran parte en ellas, pasarian mas fatigas. Seria, pues, justo adoptar un sistema de recompensas especiales para estos escepcionales servicios.

Las columnas móviles serian verdaderas vanguardias, á cuyo abrigo y protección reinaria en las colonias agricolas la seguridad mas completa, y la confianza haria refluir en todas nuestras posesiones de lo interior, los brazos con frecuencia desocupados de las ciudades del litoral. Los convoyes necesarios para el abastecimiento de las columnas, estarian muy lejos de ocasionar los gastos que necesitaban antes. Cuando la guerra era general, habia que pagar por una caballeria hasta cinco francos por dia; hoy, los abastecimientos se pagarian como se quisieran, y hasta se hallarian fácilmente camellos que harian el transporte por la suma en extremo minima de 50 cs. al dia,

Admitiendo este sistema de columnas móviles, es decir, 15,000 hombres sin cesar en movimiento, estoy enteramente convencido de que 50,000 soldados bastarian para asegurar el servicio del litoral, y completar las guarniciones de las ciudades de lo interior. El ejército de Africa se reduciría, pues, á 65,000 hombres, y no pongo en duda que con el resultado que se obtuviese, se podria, al cabo de dos años, reducir el ejército á 50,000 hombres, de los que 15,000 formarían parte de las columnas, y 35,000 se emplearian en lo interior.

Después de lo que llevo espuesto, voy á tratar de indicar, en los capítulos siguientes, el modo cómo deben ser conducidas á Africa las columnas, y los medios que siempre me han dado mejor resultado, cuando yo formaba parte de la expedición.

Solo me he comprometido á escribir este libro para los oficiales jóvenes que están llamados á suceder en Africa á nuestros bravos generales. Bueno es que sepan cómo debe hacerse la guerra en este país. Esta guerra, lo sé, no es tan difícil como las guerras de Europa; pero sin embargo, no puede aprenderse en un solo dia.

Además, este estudio no dejará de ofrecer utilidad é interés, porque, aunque los combates que hemos sostenido no puedan compararse con las batallas del Imperio, no por eso honran menos á nuestra generacion militar, y no dejarán por eso de ocupar también una página gloriosa en la historia de nuestro país.

Me veré obligado á entrar en pormenores que parecerán algunas veces minuciosos; pero sucede con frecuencia que la negligencia en estos detalles hace abortar operaciones concebidas discretamente, y conducidas con prudencia y valor.

Por lo demás, no tengo el mérito de la invención, y creo, no solo como un deber, sino como una dicha, confesar que todo lo que voy á escribir lo he aprendido en la escuela de nuestro maestro el mariscal Bugeaud.

Debo consignar aquí toda mi gratitud al general Marey-Monge, que fué mi primer maestro en el arte de la guerra. Siguiendo sus lecciones y sus ejemplos, fué como pude ponerme en estado de prestar algunos servicios en Africa.

DEBERES DEL COMANDANTE DE UNA COLUMNA.

Después de haber demostrado, en el capítulo que precede, la necesidad de establecer columnas móviles, debo, ante todo ocuparme del examen detallado de los deberes del comandante de una columna.

Empezaré por hacer observar que una columna, lo mismo que un ejército, se identifica siempre con su jefe. Todo el que, al recorrer un campo, oiga las conversaciones, los chistes, y hasta las distracciones de un vivac, tendrá al momento una idea exacta del jefe y del grado de confianza que ha sabido inspirar á sus tropas: él es la cabeza; los soldados no son ni deben ser mas que los brazos.

Pongo en primera línea de las cualidades que debe poseer el comandante de una columna, la de saber tomar sobre él una gran responsabilidad.

Así, por ejemplo, puede suceder con frecuencia que informes precisos le obliguen á obrar contrariamente á las órdenes que ha recibido en el momento de su partida; entonces debe hacerlo que las circunstancias exigen, sin esperar nuevas instrucciones, la mayor parte de las veces demasiado tardías para poder ser ejecutadas á su llegada.

Si coge bajo su mano á una tribu culpable, debe atacarla sin vacilar, aunque no pertenezca á su subdivision, y sin que tema lastimar la susceptibilidad del jefe á cuyo cargo se halle. Solamente debe cuidar de darle parte en seguida de lo que ha hecho.

También debe reflexionar mucho antes de dar órdenes, en su tienda, con sus ayudantes de campo; debe modificarlas á su antojo, sin que nada se respire fuera; velar por su ejército, hé aquí todo lo que este debe saber. Pero una vez comunicadas estas órdenes, preciso es que se ejecuten puntualmente, á no intervenir circunstancias extraordinarias.

Así, ha sucedido muchas veces, que en el momento de levantar el campo, el soldado, pronto á ponerse en marcha, venia á detener su partida una orden inesperada, y la columna permanecía inmóvil, con el saco y el fusil á la espalda, los caballos ensillados y con las bridas puestas y cargado el convoy.

Debe evitar con el mayor cuidado semejante inconveniente: primero porque el sueño y el reposo del soldado han sido inútilmente interrumpidos, y luego porque si se renovase tal cosa, los hombres creen que puede sobrevenir una contra-orden, no se dan prisa, y cuando creéis que vais á ponerlos en marcha, os hallais con que no están preparados ni hombres, ni caballos, ni mulas.

También la precipitación es tan perjudicial como la duda. Así, cuando ocurre un alerta, y la mayor parte de las veces son falsas, se cruzan las órdenes en todos sentidos, y se acude á las armas: el soldado que iba á comer la sopa, lo abandona todo, y luego, al cabo de algunos minutos, avisan al comandante que ha sido un error; cada cual vuelve á su puesto, y el pobre soldado se ve reducido, para comer, á tomarlo de los viveres del día siguiente. Un día, en el Sur, habiendo aparecido á lo lejos una nube de polvo, resonó por todas partes el grito de: ¡A las armas! ¡Ahí están los árabes! Los soldados, que estaban

comiendo el rancho, echaron mano á las armas, y pocos momentos después vieron que la causa de esta alerta era un rebaño de avestruces.

(Se continuará).

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTÍFICO-INDUSTRIALES.

MAQUINAS DE VAPOR.

Vamos hoy á ocupar las columnas, que habitualmente dedica la LECTURA á la esposición de conocimientos científicos, con el estudio de una de las aplicaciones mas prodigiosas de la física, y á la cual puede atribuirse con toda verdad el célebre dicho de Luis XIV: «El siglo soy yo.»

La máquina de vapor, que es la aplicación científica á que aludimos, es en efecto la personificación, si así puede llamarse, del siglo XIX. La máquina de vapor llevando al hombre á través de mares y de océanos con maravillosa rapidez, lo mismo cuando la naturaleza se lo permite, que cuando quiere oponerse á ello por la acción contraria de los vientos; y la máquina de vapor conduciendo al hombre de un punto á otro de los continentes en la centésima parte del tiempo que para ello antes empleara, es, en efecto, la expresión de un siglo en que el hombre va á hacer desaparecer, como en Suez y en Panamá, las barreras que separan á los mares, y á horadar, como en Italia, las gigantescas montañas que estorban el paso de una nación, á la nación vecina.

La máquina de vapor y el telégrafo eléctrico: hé aquí los dos signos que simbolizan nuestro siglo, los dos grandes descubrimientos que han causado revoluciones tan portentosas en las artes, en la industria y en toda la humanidad. Y como creeríamos perdido el tiempo que empleásemos en probar esta verdad que para todos creemos evidente, vamos desde luego á entrar en materia estando al mismo tiempo persuadidos de que los lectores que acostumbren fijar su atención en la *Sección científica* de este SEMANARIO verán con gusto, siquiera sea en mal escritos renglones, una descripción ligera, pero exacta de las máquinas de vapor.

I.

No entraremos en la historia de las máquinas de vapor, es decir, en la averiguación de quién fué el que las inventó y en qué época se inventaron; puesto que esto es hoy todavía disputa de unas naciones con otras, no pudiéndose decir nada de seguro en este particular.

Desde tiempos muy antiguos concibieron los físicos la idea de emplear la fuerza elástica que posee el vapor de agua como fuerza motriz.

Herón, que vivia en Alejandría 120 años antes de Jesucristo, construyó un aparato fundado en esta propiedad, y conocido hoy en los gabinetes de física con el nombre de *Eolípila de reaccion*. Consiste este aparato (*fig. 1.^a*) en una esfera de metal hueca que puede girar sobre dos ejes; en los extremos de un diámetro de esfera hay colocados dos tubos agujereados lateralmente y en sentido contrario. Se calienta la esfera para introducir en ella una cierta cantidad de agua, por- que gozando el aire de la propiedad que tienen la

mayor parte de los cuerpos de la naturaleza, de dilatarse por el calor si se introduce de pronto la esfera en agua fría, el aire de su interior que mediante el calor ha tomado un volumen mayor del que tenia, á la temperatura ordinaria, se contrae, y el líquido puede penetrar en la esfera. Si ya con el agua en su interior se calienta la esfera por medio de una lámpara de alcohol hasta el punto de ebullición del agua, es decir, hasta que este líquido empieza á hervir, el vapor que salga de la esfera por los tubos, le comunica un rápido movimiento de rotación sobre los puntos fijos, debido á la presión del vapor en la pared opuesta al agujero de salida.

De esta manera quedó evidentemente demostrada la fuerza elástica del vapor del agua. Análogos al que acabamos de describir, se hicieron multitud de experimentos; experimentos que únicamente se efectuaban en los gabinetes de física, y de los cuales nunca pudo la industria sacar ninguna utilidad.

Andando el tiempo volvemos á encontrar una nueva aplicación de la fuerza elástica del vapor en una obra de Salomon de Caus, ingeniero francés al servicio del Elector palatino, impresa en 1615. Este autor construía el siguiente aparato: en una vasija abría dos agujeros, y colocaba en ellos dos tubos verticales: por uno de ellos, que tenia una llave para cerrar la comunicación con el exterior, echaba agua dentro de la vasija, y cerraba la llave; calentaba entonces el agua hasta la ebullición, y como los vapores que empezaban á desprenderse no encontraban salida por ninguno de los dos tubos, pues uno estaba cerrado con la llave, y el otro introducido en el agua, ejercían presión sobre la superficie de este líquido y lo hacían salir por un surtidor que se colocaba en la parte superior del tubo abierto.

Posteriormente en una obra impresa en Roma en 1629 por Giovanni Branca, volvemos á encontrar otra nueva aplicación. Consistía esta en hacer salir con impetuosidad el vapor por un tubo conductor, de manera que fuese á parar á las paletas de una rueda giratoria que comunicaba su movimiento á las piedras de un molino de pólvora.

Pero todos estos ensayos, lo mismo que los del marqués de Worcester, del médico francés Papin, etc., eran de muy escasa importancia: eran necesarias nuevas combinaciones para entrar en el camino de los grandes perfeccionamientos á que hoy día han llegado las máquinas de vapor. La idea fundamental de todos estos perfeccionamientos se atribuye á un inglés llamado Savary, habiendo sido modificada y puesta en práctica por New-comen. Este construyó la primera máquina de vapor, propiamente hablando, movida por la fuerza elástica del vapor de agua, conocida ya en su época como excesivamente grande, á causa de las curiosas esperiencias hechas por Papin, y conocida también como fácil de reducirse á cero, por la condensación y licuefacción del vapor. Esta alternativa de la existencia de una fuerza y su aniquilación momentánea y oportuna, da lugar á la continuidad de los efectos mecánicos de aquella fuerza. Además, la propiedad física de la fuerza elástica de los vapores de poder escocer, si conviene, las mayores resistencias conocidas, estableció prácticamente la posibilidad de conseguir con ella efectos dinámicos débiles, mode-

rados y enérgicos, que es el principal carácter que deben tener las fuerzas motrices en sus aplicaciones á la industria.

Vamos ahora á esponer el principio en que se funda la construcción de las máquinas de vapor. Se concibe desde luego que, introduciendo el vapor del agua debajo del émbolo ó piston de una bomba, este émbolo será empujado con violencia hácia arriba, y se mantendrá á una cierta altura, en tanto que el vapor conserve su fuerza elástica; pero si este vapor se condensa, es decir, si este vapor se hace pasar al estado líquido por el enfriamiento, se formará un vacío debajo del émbolo, que volverá á bajar en el cuerpo de bomba por la presión atmosférica (1), y además, por su propio peso, si obra verticalmente. Volviendo á hacer entrar de nuevo el vapor, se volverá á producir el mismo efecto, y se tendrá de este modo un movimiento de vaiven que podrá convertirse en otra cualquiera clase de movimiento, por medio de convenientes combinaciones mecánicas. Tal era la primera idea en que estaba fundada la construcción de estas poderosas máquinas, que tan grandes ventajas han proporcionado á todos los ramos de nuestra industria y á nuestra civilización.

II.

De la esposición de la idea fundamental de las máquinas de vapor, podemos desde luego deducir que toda máquina de vapor consta de dos partes principales: una en la que se produce el vapor que ha de transmitir su fuerza al émbolo ó piston de un cuerpo de bomba, y otra, que es la máquina propiamente dicha, ó sea el aparato por medio del cual trasformamos, á voluntad nuestra, el movimiento de vaiven producido por el vapor en el émbolo. El aparato destinado á la producción del vapor, recibe el nombre de *generador*, ó mas vulgarmente el de *caldera*. Vamos á describir por separado cada una de las dos partes esenciales de las máquinas de vapor.

El generador ó caldera consiste en un largo cilindro (fig. 2.^a), cuyas estremidades son semi-esféricas, y en otros dos ó mayor número de cilindros de menor diámetro é inferiores, comunicando cada uno con el primero, por medio de dos tubos, como representa el grabado. Las materias de que se hacen, tanto el cilindro que constituye la caldera, como los últimos de que hemos hecho mencion, y que se llaman *hervideros*, son el bronce, el palastro ó plancha de hierro, y el cobre rojo; pero el metal que generalmente se emplea es el palastro, ó plancha de hierro á causa de su gran tenacidad y de lo módico de su precio. Para calderas pequeñas puede, no obstante, emplearse el cobre que se dobla fácilmente en un pequeño radio.

Los cilindros llamados *hervideros* son los que reciben la parte mas activa del fuego, y están completamente llenos de agua, mientras que la caldera solo lo está poco mas de la mitad. Debajo de los *hervideros* está la lumbré alimentada con hulla ó madera, y los productos de la combustión, es decir, el humo despues de haber circulado al rededor de los *hervideros* y de la caldera, salen á la atmósfera por las elevadas chimeneas de hierro y de ladrillo que vemos sobresalir sobre

las cubiertas de los buques de vapor y sobre los tejados de nuestras fábricas.

Entremos ahora ya en la esplicacion detallada de cada una de las partes que se distinguen de la figura 2.^a

A Tubo que conduce el vapor al cilindro en que funciona el émbolo.

B Tubo que conduce el vapor á un manómetro, aparato que indica la tension ó fuerza elástica del vapor en el interior de la caldera, haciendo subir ó bajar una columna de mercurio como la atmósfera obra en el barómetro. Hoy tambien se usan metálicos.

C Tubo por donde se introduce el agua en la caldera.

D Silbato de alarma, así llamado porque da un aviso cuando no hay bastante agua en la caldera, circunstancia que puede causar una esplosion en el momento de entrar el agua, porque encontrándose al rojo las paredes, se forma al instante un exceso de vapor. Mientras no es demasiado bajo el nivel en la caldera, no pasa el vapor al silbato; pero si desciende aquel á un punto inferior á la debida altura, baja y da salida al vapor un pequeño flotador que no se ve en el grabado y que cierra el pié del silbato. Al escaparse el vapor pasa rasando los bordes de un disco metálico y le hace despedir el sonido agudo que con frecuencia se oye en los caminos de hierro. No se crea por esto que cada vez que en los caminos de hierro se oye este estridente sonido, es que falta agua en la caldera, sino que en las calderas de las locomotoras, este silbato tiene una disposición particular de modo que el maquinista lo puede hacer abrir y cerrar á voluntad, y producir, por consiguiente, el agudo sonido que generalmente sirve para avisar la marcha ó detención del tren.

F Flotador destinado á indicar el nivel del agua en la caldera. Consta de una piedra rectangular que se introduce en parte en el agua, conforme se ve, merced á la porcion separada de la pared del generador. Esta piedra que se halla suspendida en la estremidad de una palanca, permanece en equilibrio por efecto de la pérdida de peso que experimenta en el agua, y de un contrapeso *p*. Mientras llega el agua á la altura que se desea, permanece horizontal la palanca que sostiene al flotador; pero se inclina hácia F, cuando no hay bastante agua, y en sentido contrario, si hay demasiada. En ambos casos es un signo que sirve para regular convenientemente la introducción del agua.

G Generador ó caldera, completamente cerrado, y de 6 ó 7 metros de longitud.

H Hervideros, en número vario.

O Conducto de la chimenea.

P Peso que carga la válvula de seguridad.

p Contrapeso del flotador.

R Puerta del fogon, por la cual introducen el combustible los maquinistas.

S Válvula de seguridad.

T Abertura para la limpia y reparacion de la caldera, que los franceses llaman *trou d'homme* (agujero de hombre.)

La figura que acabamos de describir, representa la forma que de ordinario se da á las calderas de las máquinas fijas de las fábricas, pues las de las locomotoras y buques de vapor son muy diferentes, en atencion al estrecho sitio en que tienen que estar colocadas.

El precio de las calderas ordinarias es de 360 reales por cada 100 kilogramos, para las de palastro ó plancha de hierro; 1,800 para las de cobre, y 180 para las de bronce.

Hasta aqui lo relativo á la caldera ó generador del vapor.

X. Y. Z.

(Se continuará.)

CRÓNICA ESTRANJERA.

En Viena se dudaba mucho, y en verdad no sin fundamento, que el Austria acceda al principio de la no intervencion en la Italia Central.

El *Morning Post* asegura que son ciertos los rumores del próximo congreso, y que la Inglaterra asistirá á él. Tal vez á esta circunstancia sea debido el acuerdo en que nuevamente aparecen, en la cuestion de China, los gabinetes de Paris y Lóndres, que, segun se dice, están resueltos á enviar numerosas fuerzas combinadas contra aquel Imperio, en la próxima primavera.

A propósito de la prision del obispo de Rimini, de que dias pasados hablaron algunos periódicos, y cuya noticia reprodujimos nosotros, cúmplenos manifestar que el *Monitor* de Bolonia contiene una carta del espresado obispo, en que dice que no ha sido preso ni ofendido por nadie. El ayuntamiento de la citada ciudad desmiente además al corresponsal del *Univers*, periódico que, por lo visto, se ha propuesto inventar y difundir noticias de este género, para desacreditar á los Estados de Italia, en que hoy predominan principios políticos contrarios á los que él sustenta. No es esta la vez primera que el *Univers* se ha visto pública y solemnemente desmentido por los mismos á quienes pocos dias antes, él ó sus corresponsales, presentaban como víctimas de las medidas de los gobiernos provisionales de Italia, de los que de un modo ú otro los defienden.

Dicese que la Italia Central se dispone á solicitar de Víctor Manuel la regencia directa y su apoyo material. El ejército de los Abruzzos va á tomar posiciones en sus acantonamientos de invierno. La Sicilia empieza á calmarse, y el gobierno napolitano ha concebido la idea de emprender grandes obras, á fin de entretener las masas de pobres descontentos. Asegúrase que en Nápoles está acordada, en principio, la amnistia.

La suscripcion al empréstito sardo escede con mucho á lo que se esperaba, pues se cree ascenderá al doble de la suma pedida.

Los habitantes de Mántua, en número de 15,000, han dirigido á los gobiernos de Europa un elocuente *memorandum*, en el que dicen que han sido siempre italianos y lombardos, y que lombardos é italianos quieren permanecer siendo.

Dice el *Morning Post*, que habiendo mediado entre la Francia y la Inglaterra esplicaciones satisfactorias respecto á Italia, la primera de dichas potencias ha manifestado, si no su consentimiento, á lo menos sus buenas disposiciones para asistir al Congreso. El *Daily-News* añade que

(1) Véanse los artículos que la LECTURA ha publicado sobre las propiedades físicas del aire.

Inglaterra no ha fijado aun las condiciones que impone para asistir á aquel. Cartas de París aseguran que Luis Napoleón está muy disgustado con que Inglaterra imponga, para asistir al Congreso, determinadas condiciones; cosa que no hacen las demás potencias.

Las asambleas de Toscana, la Romanía, Módena y Parma, han proclamado, al fin, regente al príncipe Carignan, según estaba anunciado.

De Nápoles escriben que el presidente del Consejo de ministros, Filangieri, ha conseguido, por último, la aprobación absoluta, por parte del rey, de su plan político y administrativo, y se añade que muy en breve se publicarán saludables disposiciones de reforma.

Empiezan á ser contradictorias nuevamente las noticias que circulan acerca de la época, punto y formación del nuevo Congreso. Convengamos francamente en que la diplomacia europea ha perdido de tal manera la brújula y está tan desorientada, que no sabe por donde camina, ni puede, con alguna seguridad, decir de qué se aleja, ni por qué medios se propone llegar á un resultado medianamente satisfactorio y estable.

La prensa inglesa sigue combatiendo la idea de que Inglaterra asista al Congreso, si solo ha de ser para ratificar la carta de Napoleón, cuyo objeto es comprimir la vida nacional de Italia entre Austria, Nápoles y el papa.

Según escriben de Florencia, al ponerse á discusión la proposición de regencia del espresado príncipe, el público prorumpió en entusiastas aplausos.

En Londres empezaba á dudarse de que se forme el Congreso europeo, y se creía que á lo sumo lo compondrán las cinco grandes potencias. Decíase en París que la Inglaterra desea que así suceda.

Continuaban siendo contradictorias en Turín las noticias relativas al Congreso, pues, al parecer, ocurren en su formación las mismas dificultades en que desde luego se tropezó al concebir esta idea.

Como todo lo que ocurre acerca de la cuestión italiana, es tan anómalo é inesperado, cuanto más se divagaba en punto al Congreso, y se dudaba si se reuniría ó no; hé aquí que, como llovía del cielo, ha publicado el *Monitor* uno de estos días, una circular del conde de Walewski, anunciando la convocación de un Congreso al cual serán invitadas las potencias signatarias del tratado de Viena, entre las que figuran España, Roma, Nápoles y Cerdeña.

El futuro Congreso, según el *Monitor*, deliberará sobre los medios más adecuados para cimentar la pacificación de Italia sobre bases sólidas.

Además, el periódico oficial francés anuncia la firma de los tres tratados de Zurich.

Asegurábase en Londres que el emperador Alejandro y el príncipe regente de Prusia han convenido en Breslau, en no acceder á la revisión de los tratados de 1815, ni á la reunión del Congreso, sin el concurso de Inglaterra. En cambio, la *Gaceta de Breslau* dice que el objeto de esta entrevista ha sido aislar á dicha potencia. ¡Admirable conformidad de noticias!

El rey Víctor Manuel, á consecuencia de consejos recibidos de París, ha negado su autorización al príncipe Carignan, para que acepte la regencia de los Estados de la Italia Central. A

consecuencia de esto, las asambleas de este país, que estaban dispuestas á disolverse, si la aceptación de la regencia de aquel príncipe hubiera tenido lugar, han aplazado su disolución.

El *Monitor* ha publicado estos días una declaración importante: esto es, que el hecho de haber ofrecido las asambleas de Italia la regencia al príncipe de Carignan, es un *suceso lamentable* en presencia de la próxima reunión de un Congreso, pues prejuzga cuestiones que solo á este incumbe resolver.

El *Morning-Chronicle*, sin embargo, dice acerca del particular:

«Lejos de que la elección del príncipe Carignan venga á añadir una nueva complicación á las complicaciones de la cuestión italiana, puede considerársela mejor como un nuevo síntoma para un arreglo próximo.»

¡Asombrosa identidad de miras!

Siguen temiéndose conflictos en las fronteras romañolas, y la situación de Italia es cada día más triste y alarmante.

M. M. FLAMANT.

CRÓNICA ESPAÑOLA.

—La *Gaceta* del día 6 del corriente publicó, sancionadas por S. M., las leyes autorizando al gobierno para concluir y ratificar un tratado con la Santa Sede, y concediendo pensiones vitalicias á los individuos que se hallaron en el combate de Trafalgar.

—Por real decreto publicado en la *Gaceta* del día 10 se ha dispuesto que las cartas cuyo peso no exceda de media onza, procedentes del ejército expedicionario en Africa, para la Península, Islas Baleares y Canarias, y posesiones españolas en las costas de Africa, en América y Oceanía, sean conducidas hasta su destino sin necesidad de previo franqueo, y entregadas sin exigir porte alguno á las personas á quienes se dirijan, siempre que en el sobre venga estampado el sello de fechas del ejército español de Africa, creado con este objeto.

Las cartas que tengan más de media onza de peso, aunque traigan el sello especial de fechas mencionado en el artículo anterior, serán porteadas en la administración de Correos del litoral donde se entreguen, y su porte será satisfecho por la persona á quien se dirijan.

El precio de las mencionadas cartas se pagará en sellos de franqueo al respecto de uno de cuatro cuartos por cada media onza ó fracción de media onza de peso en la Península, Islas Baleares y Canarias, y posesiones españolas en la costa septentrional de Africa, y un sello de real de plata por cada media onza ó fracción de media onza de peso, en las posesiones de América y Oceanía, é Islas de Fernando Póo, Annobon y Corisco.

—La *Gaceta* ha publicado la circular á los señores obispos, previniendo que se celebren rogativas por el triunfo de nuestras armas en Marruecos.

—También ha publicado el diario oficial un real decreto abriendo una negociación de acciones con objeto de proporcionarse la suma de ocho millones de rs. vn. con destino á las obras del canal de Isabel II. La subasta para esta negociación se verificará el 2 de diciembre próximo.

—En la sesión del Congreso del día 6 quedó aprobado el dictamen de la comisión sobre el ferrocarril de Utrera á Morón.

—En la sesión del Senado del día 8 se aprobó definitivamente la ley de redención y enganches militares, por 88 bolas blancas contra 3 negras.

—En la sesión del Congreso del día 9 quedó aprobada en votación ordinaria la ley de Sanidad militar y el proyecto de ley de la línea del ferrocarril de Mérida á Sevilla.

—En la sesión del Senado del día 11 quedó aprobado definitivamente el proyecto de ley de presupuestos, por 79 bolas blancas contra tres negras.

—En la misma sesión se aprobó el proyecto de ley del ferrocarril de Utrera á Morón.

—De muchas provincias dicen que la noticia de la nueva quinta, que en otra ocasión hubiera entristecido al país, la ha recibido la juventud casi con entusiasmo.

—Se han mandado hacer por administración varias obras de reparación en el edificio destinado á Archivo Central en Alcalá de Henares.

—Durante el mes de octubre se han gastado en las obras de la Puerta del Sol 62,194 rs. 95 cs.

—Ha tomado á su cargo la Sociedad catalana general de Crédito, la recaudación de las contribuciones directas de Barcelona, al tipo de 2 rs. 15 cs. por 100 en la territorial, y á 3 rs. 33 cs. en la industrial por espacio de dos años.

—En las inmediaciones de Mataró se ha ensayado este año el cultivo de la caña de azúcar, y atendidos los resultados y cálculos que se han hecho, considerados como producción del país, deducidos los gastos y calculado por un quinquenio el producto, es negocio no despreciable. A lo menos se ha demostrado que es posible y parece que se harán ensayos en mayor escala.

—Se ha redactado y firmado, en la reunión pública conocida por la *Asociación para la reforma de los Aranceles de Aduanas*, una exposición á S. M. pidiendo la rebaja de los derechos de introducción que paga en España el papel extranjero en atención á la reconocida escasez que hay en la actualidad de aquel artículo.

—Se ha celebrado en el ministerio de Fomento la subasta pública para la construcción del ferrocarril de Albacete á Cartagena. La línea ha sido adjudicada al Sr. D. José de Salamanca.

—Se va á proceder en las Provincias Vascongadas al alistamiento general del país con arreglo á fuero, para la formación del cuerpo de reserva.

JUAN DEL CORREO.

CRÍTICA TEATRAL.

TEATRO DEL PRINCIPE.—LA PIEL DE LEÓN, comedia en tres actos y en prosa, original de don Ramon Navarrete.—TEATRO DE NOVEDADES.—D. PEDRO I DE CASTILLA, drama en cuatro actos y en verso, original de D. Pedro Antonio Iglesias.—TEATRO DE LOPE DE VEGA.—LA BOLSA Y EL BOLSILLO, comedia en tres actos arreglada del francés.—LA PLAYA DE ALGECIRAS, propósito en un acto y en verso, original de D. Pedro Sobrado.—TEATRO DE JOVELLANOS.—LA VUELTA DE COLUMELA,

melodrama cómico-lírico, traducido del italiano y acomodado á la música del original, por don Manuel del Palacio.

Tres producciones originales, y dos arreglos constituyen el total de las funciones ejecutadas en los teatros de la capital durante la semana anterior: de estas cinco obras, preciso, aunque doloroso es decirlo, las originales han sido muy inferiores á las traducidas, cosa que no habla muy en favor de nuestra dramática, hartamente decaída ya en los tiempos presentes.

La primera de que tenemos que ocuparnos, y que dejaríamos á un lado si nuestro deber de cronistas no nos lo impidiese, es de la comedia en tres actos y en prosa, original del Sr. Navarrete, que con el título de *La Piel de leon* nació y murió en el coliseo del Principe en una sola noche. Ignoramos el objeto que al escribirla se propuso su autor, y hasta nos parece imposible que el Sr. Navarrete, periodista hace mucho tiempo, haya podido escribir una comedia con las tendencias que *La Piel de leon* descubre, y sobre todo delinear un tipo como el del periodista. Hé aquí el argumento de la fábula en muy pocas palabras: un general, en extremo ambicioso, desea ser ministro. Para conseguir su objeto, funda un periódico de oposicion, y empieza á escribir artículos furibundos que firma un *quidam*, amigo suyo, y el cual, gracias á su poca vergüenza, y vistiéndose como el grajo de la fábula, con plumas ajenas, consigue tener una posición política. El general llega en efecto á ser ministro, y el periodista improvisado consigue ser nombrado embajador. Este es en resumen el argumento de la comedia, del que se deduce en buena lógica, que el periodismo es una farsa, y que se puede comerciar con él impunemente, haciendo al periodista instrumento de miras ambiciosas, y pintándole como un hombre sin fé, sin conciencia, sin delicadeza y hasta sin honor. Estamos seguros de que el Sr. Navarrete, que tan á fondo debe conocer el periodismo, está arrepentido á la hora esta de su propia obra, y que procurará rehabilitarse escribiendo otra, digna de su buen nombre literario. El éxito de *La Piel de leon* fué, como ya hemos dicho, desgraciadísimo, á pesar del esmero con que fué desempeñada por parte de la Sra. Palma y del Sr. Catalina (D. Manuel). Los demás actores hicieron cuanto pudieron.

Ahora, trasladémonos al teatro de Novedades y asistamos al estreno de un drama en cuatro actos, á quien su autor ha puesto el título de *D. Pedro I de Castilla*, sin que sepamos por qué razón. Figuran en el drama un morito, una cristiana, el padre de esta, y por añadidura un personaje á quien el Sr. Iglesias ha bautizado con el nombre de D. Pedro I de Castilla, pero que no es de modo alguno la figura histórica que todos conocemos. Con todos estos personajes ha formado el Sr. Iglesias el argumento de su drama, que se reduce á lo siguiente: D. Pedro de Castilla, enamorado de una doncella, la roba á su padre, y depositándola en su palacio, la confía á un esclavo moro á quien colma de beneficios; empero este esclavo que, después de todo lleva en sus venas sangre árabe, dice á la chica cuatro chicleos, le habla del *Oasis* y del *Simoun*, hace que se enamore de él, y cumpliendo como fiel, le sopla la dama á su rey y señor. Este, que es

un bendito, le perdona, y después de decirle que abjure de la fé de sus mayores, y que se case con la chica, váse á Montiel á morir como un cordeiro. Si D. Pedro de Castilla hubiera visto profanada de este modo su memoria; si hubiese sabido que un D. Pedro Antonio Iglesias había de fotografiarle de esta suerte, estamos seguros que lleva á cabo un acto, no de *crueledad*, sino de verdadera *justicia*.—Por lo demás, el Sr. Iglesias no ha sabido cubrir la pobreza del argumento con una versificación brillante. Pobre de conceptos, descuidada y hasta vulgar. Carácter insoportables, y situaciones falsas. Hé aquí en conjunto la obra del Sr. Iglesias, á quien por otro lado no hubiéramos tratado con tanta severidad, si no se nos hubiera presentado con tales pretensiones. Conste, pues, que el enemigo mayor del Sr. Iglesias ha sido en esta ocasión el título que ha puesto á su obra. De la ejecución no queremos hablar, porque, ¿qué hemos de decir, por ejemplo, del Sr. Bermonet, encargado del papel del Rey D. Pedro, que no hayan dicho ya todos los periódicos? ¿Que estuvo pésimamente mal? Eso por sabido se calla.—Los demás actores, si se exceptúan el Sr. Tamayo (Victorino) y la señorita Marin, estuvieron á la altura del drama.

Apresurémonos ahora á quitarnos el mal gusto de las dos producciones anteriores, y asistamos con verdadera fruición al teatro de Lope de Vega, al estreno de la comedia en tres actos titulada *La Bolsa y el bolsillo*, arreglada á nuestra escena por el señor García de la Huerta. El asunto de esta comedia no puede ser mas sencillo, y de él se deduce una lección muy provechosa para nuestra actual sociedad. Un abogado, feliz y contento con su posición, vive honradamente del fruto de su trabajo; empero su esposa, impulsada por el ejemplo de una amiga suya que lleva una vida elegante y fastuosa, le suplica que juegue á la bolsa. Instigado este, resiste, hasta que al fin juega cuatro mil duros por medio de un amigo; su esposa juega también por otro lado sin que lo sepa el marido, que ha perdido los ochenta mil reales, únicos ahorros que poseía, y que paga al fin, protestando no volver á jugar mas. Su esposa que había jugado á la alza, gana la cantidad que el marido pierde, y esta lección les sirve de escarmiento para volver á entrar en su vida laboriosa, sin esponerse á los azares de aventuras especulaciones.

El desempeño de esta obra, que tuvo muy buen éxito, fué excelente. El Sr. Romea (D. Julian) interpretó el papel de Arturo con esa naturalidad admirable, que tanto realce da á las obras que en este teatro se ponen en escena. Su hermano Florencio caracterizó perfectamente el de Enrique. La Srta. Gutierrez hizo el de la cándida Luisa con mucha propiedad, y por último, la Srta. Berrobiano, digna discípula del Sr. Romea, hizo el de Julia de un modo superior á lo que de esta joven actriz podía esperarse. Verdad es que cada día va adelantando de un modo sorprendente.—El espectáculo terminó con el apropósito cómico en un acto, del Sr. Sobrado, *La Playa de Algeciras*, que fué bien recibido del público. Es un cuadro de costumbres andaluzas bastante animado, salpicado de escenas cómicas y respirando patriotismo. En su ejecución se distinguió la Srta. Elisa Boldum, que caracterizó de una manera sorprendente un corneta de cazadores de

Madrid, recitando al final, de un modo admirable, entre aplausos y bravos, los siguientes versos que tenemos un placer en reproducir, por su entonación vigorosa y su buena forma literaria:

Al emprender la jornada
contra los rudos infieles,
reverdecen los laureles
de las guerras de Granada.

Y al ver que en Africa planta
el español su bandera,
la grande Isabel primera
de su tumba se levanta.

¡Hijos, nos grita; por fin
se cumple mi sueño de oro!
¡Mi España se lanza al moro
á los ecos del clarín!

¡Sús! ¡por la patria á lidiar!
y probad hoy, mis valientes,
que sois dignos descendientes
de Gonzalo y de Pulgar.

A esa raza maldecida,
oprobio del mundo entero,
con vuestro tajante acero
lanzadla de su guarida.

Huya aterrado de espanto
de vuestra potente lanza,
y recuerde la matanza
de las Navas y Lepanto.

Y sin dar paz á la mano,
no envaineis vuestra cuchilla,
si no dobla la rodilla
ante el pendon castellano.

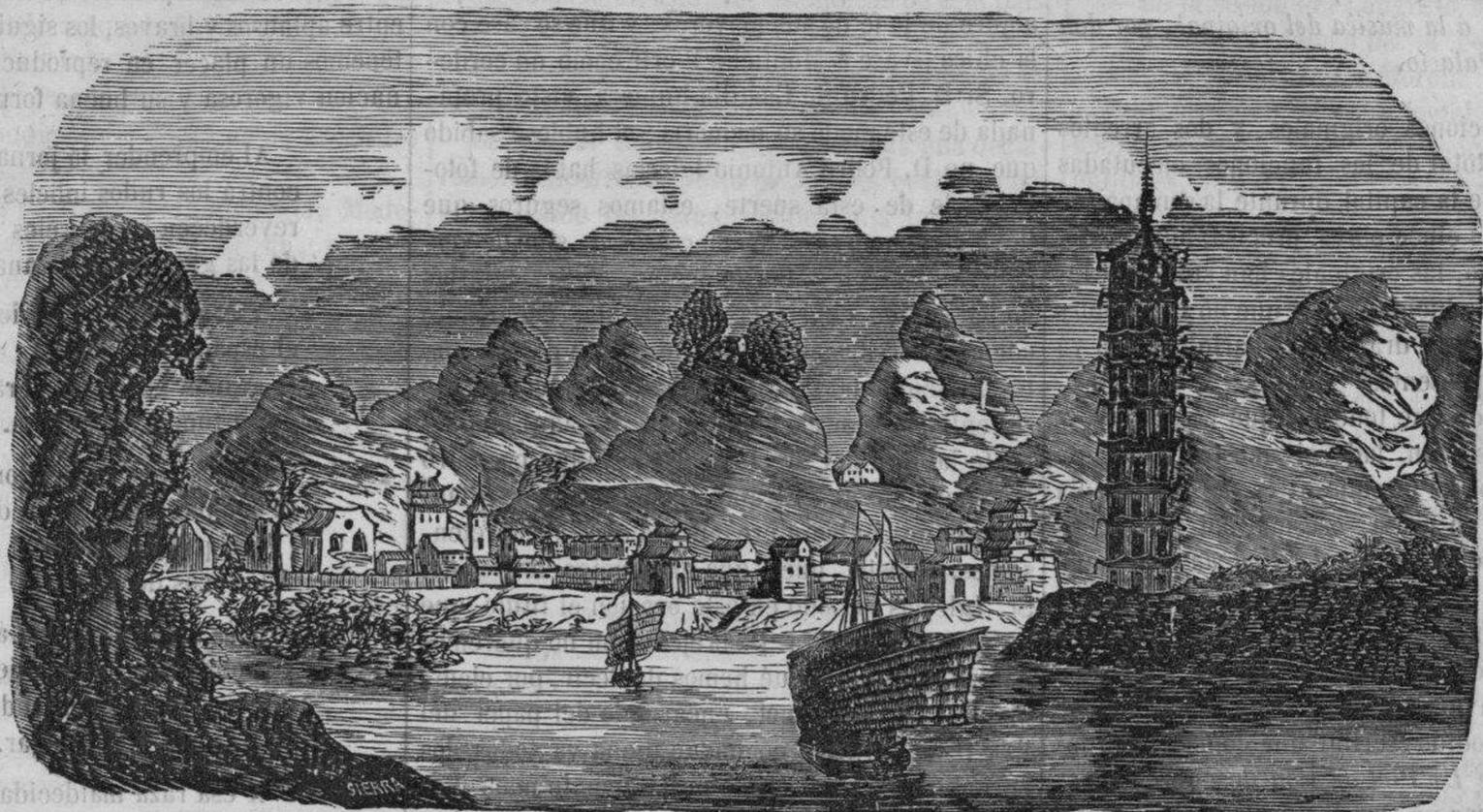
¡Vea por fin otra vez
á mi bandera gloriosa,
que flamea victoriosa
sobre los muros de Fez!

¡Sús, á la guerra! que el mundo
al contemplar tal hazaña,
diga que salió la España
de su letargo profundo.

¡Guerra sin tregua al infiel!
Y que consigne la historia,
junto á la mia, la gloria
de la segunda Isabel.

A la conclusion de este juguete, el Sr. Sobrado fué llamado á la escena, así como también la Srta. Elisa Boldum, habiéndolo sido antes los actores que habían tomado parte en la comedia.

Por último, el coliseo de Jovellanos ha puesto en escena la ópera bufa, titulada *La Vuelta de Columela*, música del maestro Fioravanti. Esta partitura era ya conocida del público por haberse oído al Sr. Salas en el teatro de la Cruz hace algunos años, y la única novedad que ahora ha ofrecido, es el arreglo del libreto que el conocido escritor D. Manuel del Palacio ha hecho con mucha conciencia literaria. En su ejecución se distinguió el Sr. Salas, que desempeñó magistralmente el papel de Columela. El Sr. Landa, nuevo baritono que hace poco se ha dado á conocer en Madrid, posee muy buenas dotes y se hará apreciar mas cada día si va deponiendo esa especie de timidez que en nada le favorece: también la Sra. Santa María cantó con sumo gusto y precisión la parte de que estaba encargada.—Hay



VIAJE Á CHINA.—Ten-Choo-Foo.

en esta ópera un coro de locos que fué muy bien cantado, mereciendo por ello los honores de la repetición.—El numeroso y escogido público que llenaba todas las localidades, salió en extremo complacido de esta nueva obra, que promete numerosas entradas al afortunado coliseo de la calle de Jovellanos.

M. GARCÍA GONZALEZ.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

A Journal of the first french embassy to China, translated by Saxe BANNISTER. Ch. A. London, 1859.

El Sr. Saxe Bannister ha traducido, al tenor de un manuscrito francés, la relación de la primera embajada enviada por Francia á la China, á fines del siglo xvi. Es, por consiguiente, un documento de interés, y que en las actuales circunstancias no carece de valor. Mucho ha cambiado la sociedad aun en la misma China desde el año 1700, y las noticias, que pudieran hoy sacarse de la primera embajada francesa, serían de muy escasa aplicación para las actuales relaciones de Francia con el Celeste-Imperio. El Sr. Saxe Bannister ha escrito á la entrada del volumen una introducción, en que expone la vicisitud de los acontecimientos que han señalado las relaciones de Europa con la China, y concluye diciendo, que el gobierno y pueblo de aquel país pueden reducirse á mas benéficos sentimientos respecto de los extranjeros. Pronto se podrá apreciar por cualquiera la exactitud de aquella demostración.

Histoire de la Morale, 1^{re} partie, *la Morale chez les Chinois*, par Mr. L. A. MARTIN. Un vol. in-12°. Paris, 1859.

Háse propuesto el autor redactar una historia de la moral, estudiándola en los diferentes pueblos, y su primer volumen está exclusivamente consagrado á la *Moral entre los chinos*. En él figura una exposición histórica de los primeros tiempos de la China, el resumen de los escritos de los filósofos, las máximas practicadas en el gobierno y sociedad, y por fin, la enumeración de las causas morales, que pueden influir en el futuro estado del Celeste-Imperio. Este trabajo es, en suma, de lectura curiosa. Los extractos de autores clásicos de la China han sido desempeñados con esmero, y se hallan bien enlazados. El Sr. Martin juzga que la situación moral de la China, bajo el punto de vista de corrupción á que ha llegado, debe ocasionar una revolución general, ó una invasión del país por las ideas y comercio europeos.

ADVERTENCIA.

Cuando la Empresa de la LECTURA PARA TODOS puso su periódico á un precio hasta aquí no visto en España, en cuanto á baratura, contó con una suscripción suficiente para sostener sus enormes gastos. Aunque la suscripción ha sido numerosa, y la venta de los números sueltos considerable, no puede,

sin embargo, la Empresa proseguir, sin aumentar el precio de suscripción y de cada número.

Esta clase de publicaciones solo son posibles siendo los suscritores muchos. Así es como subsisten en el extranjero, donde hay mas afición á leer; y sobre todo á tener biblioteca. En España se lee mucho sin duda, mas que en otros tiempos y no lejanos; pero no hay todavía afición á tener biblioteca y colecciones. Hay muchas suscripciones colectivas: diez ó doce personas hacen un suscriptor; así los lectores son muchos, pero los suscritores pocos, y las empresas no medran, no pueden proseguir sin esponerse á arruinarse.

En virtud de estas consideraciones, hemos fijado para el año 60 el precio de suscripción á 38 rs. en Madrid y 48 en Provincias; y el de los números á SEIS cuartos.

Y con el objeto de indemnizar á los antiguos suscritores les regalaremos una obra, 10 rs., que equivalga al aumento de precio por suscripción.

Dentro de breves dias repartiremos á nuestros suscritores el número-prospecto con el catálogo de las obras ofrecidas.

Por todo lo no firmado, *Cárlos Bailly-Bailliere*,
—editor responsable y propietario.—

SUMARIO. *Ocho días en el Castillo*, por Federico Soulié, pág. 753.—*La Hija de Antonio Perez*, por D. Pedro Escamilla, pág. 757.—*Viaje á China*, por lord Macartney, pág. 758.—*Curso familiar de literatura*, por Lamartine, pág. 760.—*Historia ilustrada de la Guerra de Africa*, pág. 762.—*De la guerra en Africa*, por el general Yusuf, pág. 763.—*Sección científica*, pág. 764.—*Crónica estranjera*, pág. 765.—*Crónica española*, pág. 766.—*Crítica teatral*, pág. 766.—*Bibliografía estranjera*, pág. 768.

Advertencia importante.—La Administración de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la repartición de los números en Madrid y su remisión á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamación que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la repartición del número, y en Provincias á los ocho días de su publicación, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra.—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproducción en todo ó en parte.

CHAMBERI DE MADRID : 1859. — Imp. de C. Bailly-Bailliere.